

# Criminalología Moderna

Año II.

Buenos Aires, Octubre de 1899

Núm. 12

## UN AÑO DE VIDA

Con el presente número, cumple esta Revista su primer año de vida de preparación y de labor.

Implantar una publicación de su índole, en un país joven aún y distante de aquella madurez científica que es fruto de la adaptación cerebral de muchas generaciones al estudio de los más profundos problemas de la vida, era iniciativa sin duda arriesgada, y así lo entendimos nosotros al lanzarnos en la realización de esta empresa tanto más útil al país y á la ciencia, cuanto menos lucrativa para nuestro trabajo.

No se trataba de una aventura comercial de aquellas que deslumbran al vulgo que no puede ó no sabe pensar y para quien amenudo el estudio es una imposibilidad psíquica, cuando no una dificultad económica.

Bastábanos que los que reconocen la importancia de este ramo de derecho público y de la sociología del punto de vista positivo, que es la ciencia de los delitos y de las penas, ayudasen nuestra iniciativa con la cooperación constante del trabajo y del consejo. Y el resultado moral sobrepasa nuestras expectativas.

De todos los países de Europa, América y aún de Australia hemos recibido el estímulo cordial de personas cuyos nombres significan ciencia y que gozan hoy del derecho de ciudadanía intelectual de este y del otro lado del oceano.

En los doce meses transcurridos, de trabajo no exento de dificultades y sacrificios, hemos logrado mantener todas las promesas hechas, y nos hallamos hoy en condiciones de entrar al segundo año de vida con la colaboración asegurada de otros escritores ilustres, como Tarde, Lacassagne, Lauppts, Saint-Paul y De Fleury, criminalistas y médicos lejistas de fama mundial, sociólogos de la talla de De Greef, Picard, y hombres de ciencia como Maudsley, Sergi, Benedict, etc.

Con el próximo número que constituirá una entrega extraordinaria no solo por su volumen sinó también por la selección y especialidad del material científico entre el cual figuran artículos originales de Lombroso, Ferrero, Sighele, Colajanni, Bovio, Tarde, Hamon, Steevens, Aldermann, y otros ilustres colaboradores extranjeros, como también de los principales magistrados, abogados y escritores del país, siendo todos los trabajos que anunciamos, inéditos y especiales para "Criminalología Moderna".

Además de la "*Evolución de la Sociología Criminal*" del Dr. Pedro Gori, Director de esta Revista, que ha sido ya publicada y distribuida gratuitamente á nuestros abonados anuales, hemos adquirido la propiedad exclusiva para España y América latina de la *Delincuencia sectaria* de Scipio Sighele, y de *Delito y Civilización* de Napoleón Colajanni, cuyas traducciones españolas editaremos en breve con algunos vo-

lúmenes más que repartiremos á los señores abonados por año.

“Criminalología Moderna” cierra pues su primer año de existencia con la formal promesa de mayores y continuos progresos que está en condiciones de realizar en pro de los dos ideales de que es palestra dedicada: ciencia y verdad.

LA DIRECCIÓN Y LA REDACCIÓN.

---

## Colaboraciones Exteriores

---

Especiales y exclusivas para «Criminalología Moderna»

DE NAPOLEON COLAJANNI.—PALERMO



### Raza y Delito

Muy pocos problemas han agitado tanto el pensamiento sociológico de este fin de siglo, como el de las razas humanas, y nunca, quizás, háse visto una mayor diversidad de opiniones, tendencias y teorías, disputarse el triunfo en discusiones y polémicas tan ardientes como interesantes. En el campo de la criminalología no ha sido menor la divergencia de pareceres, y, después de una larga labor de integración y modificación de las primitivas doctrinas de la escuela positiva italiana, no ha sido posible aún establecer un criterio uniforme que sirva de espina dorsal á la determinación de la influencia de la raza sobre el delito.

Desde que visité la República Argentina y el Uruguay—en 1871—no yacilé un instante, al constatar la inferioridad de aquellas repúblicas hispano-americanas respecto de la república Norte-Americana, en considerar que ni la *raza* ni el *clima* eran las causas determinantes de las condiciones poco florecientes en que las primeras vivían. Y hoy, contemplando el imperialismo y la corrupción que señalan la degeneración galopante de los Estados Unidos, podría, con regocijo, alegar como prueba de la exactitud de mi vieja convicción esa misma avanzada degeneración, que en cambio me aflige como hombre y como republicano socialista.

Iguales criterios sostuve en mi *Sociología Criminal* (Tomo II) respecto de la influencia del factor étnico sobre el génesis de la criminalidad, convencido de que se le ha exagerado

desmesuradamente por parte de algunos espíritus unilaterales de la tendencia antropológica de la criminalología.

Trataré de sintetizar aquí, para los lectores de la simpática CRIMINALOGÍA MODERNA, el concepto á que he arribado después de una constante y sincera labor en el terreno de la etnología y la antropología, la historia y la sociología, que ha tenido como resultante mi confirmación en la que considero la buena doctrina, que ha sido sostenida por mí desde las primeras producciones en el campo vasto y fértil de la sociología criminal.

\*

Para la clara comprensión del génesis del delito, la cuestión de la *raza* íntegra, y en cierto modo complementa, la cuestión de la *herencia*. La acción de la raza sobre el delito puede ser afirmada á priori, pues es la acción misma de la herencia fijada, vigorizada y ampliada por las condiciones comunes de existencia en el ambiente físico y social, en conformidad con las mismas nociones enseñadas por Waitz y Ribot.

Agitada la cuestión de las razas, se ha dado en hablar de razas superiores é inferiores, con inperdonable lijereza; suele olvidarse que ante un criterio rigurosamente científico no está aun definido el concepto de raza, como tampoco el de especie; la «variedad» y la «variabilidad» atraviesan por una misma fase de indeterminación.

El origen de las razas actuales, las influencias que las han originado, sus emigraciones, son problemas que esperan una solución satisfactoria; y mientras ella llega, es imposible apreciar científicamente la parte de influencia real que corresponde al ambiente sobre el hombre y la que corresponde á la raza.

La única cuestión á la que ya puede darse una solución afirmativa, y que impone nuevas reservas antes de imputar á la influencia compleja de las razas el grado de evolución alcanzado por tal ó cual agregado superorgánico, es la cuestión de la *pureza*. Y en ésto la antropología afirma que no existen, sino por excepciones minúsculas, *razas puras*, ó sea grupos humanos que presenten caracteres principales enteramente homogéneos; de allí que pudiera decir Topinard que la raza pura es un mito, tanto entre las tribus salvajes como entre las naciones civilizadas; la raza es una concepción del espíritu y nó una realidad tangible, en las condiciones presentes y en todas las que nos son conocidas hasta los tiempos prehistóricos. Doquier han ocurrido convulsiones en las épocas históricas, la pureza de la raza se ha perdido, quedando solamente los productos de cru-



zas repetidas, de sobreposiciones, de manera que tiene más razón Gerdy negando absolutamente la existencia de razas puras, que sus adversarios al presentar algunos restos fragmentarios.

En suma, la solución del problema se facilita si se le concreta á averiguar si, dada la no existencia de razas puras especialmente entre los países civilizados, los pueblos que en ellos habitan han progresado intelectual y moralmente. En la afirmativa, es innegable que las cruas han resultado benéficas; de manera, que puede aceptarse el juicio de Roth, que enseña que ninguna región ha alcanzado una alta cultura sin que en ella se produjeran entrecruzamientos étnicos. Cuanto más ha progresado un pueblo, tanto más complicado es su origen; criterio que también han desarrollado, con acopio de hechos y argumentos, Gumpłowics y Carlo Cattaneo.

\*

Determinado así, de una manera rápida y concreta, el concepto de la raza, ocurre investigar el problema de los rasgos morales é intelectuales que caracterizan á las diversas razas.

Un análisis detenido—que ya he realizado en mi *Sociología Criminal*—de la moralidad de las diversas razas en los diversos momentos históricos, evidencia que no hay un índice moral fijo para cada raza; por el contrario, una misma raza al emigrar, cambiando de ambiente, se modifica de tal manera, que llega á veces á revestirse de caracteres morales antagonistas de los que tuviera anteriormente.

Este concepto de moralidad de las razas se integra con el exámen de su intelectualidad, y constituye la única clave científica para abordar el problema de la superioridad ó inferioridad étnica. Ilustres pensadores han negado claramente la influencia de la raza sobre la intelectualidad de los pueblos: Humboldt la negó redondamente y Bückle insistió en esta idea, apoyándose en la autoridad de G. Mill y Alison; en igual sentido han escrito Messedaglia y Waitz. En cambio Klemm y Watke consideran que la sola raza ariana es capaz de un desarrollo superior, al mismo tiempo que Agassiz y Morton afirman que las razas «superiores» están destinadas á desalojar á las «inferiores»; Gobineau vé el eje de la historia donde existe un núcleo mayor y más puro de raza blanca, opinión que es compartida por Hellwald, pero que Gumpłowics considera exagerada; Sergi y Baucroft creen en la irremediable inferioridad de algunas razas, y Lapouge lleva esa idea hasta sus últimos extremos.

Estos criterios, que no deben extrañar si se

medita que el mismo Renan, el apologista poético del Nazareno, ha afirmado que la raza semita es una raza inferior, han servido á algunos de la escuela de antropología criminal para afirmar la gran influencia de la raza sobre el delito, afirmada primero por Lombroso y remachada luego por Garofalo. Afirmación á que se atribuye tanta más importancia cuanto que ella sirve para argumentar en pró de la criminalidad de un hombre de una «raza superior» cuando en él se encuentran uno ó más caracteres de los pertenecientes á una «raza inferior». Y es así que guiados por semejantes presuposiciones científicas, llegan Lapouge y Garofalo á idénticas conclusiones: el primero al exterminio de las «razas inferiores» para facilitar la selección de la raza ariana, y el segundo al exterminio de los delincuentes para obtener una idéntica selección progresiva en beneficio de otra clase de gran raza compuesta, la raza de los honestos.

Como se vé, los pareceres están en desacuerdo respecto de la cuestión de la superioridad de las razas, especialmente desde el punto de vista intelectual.

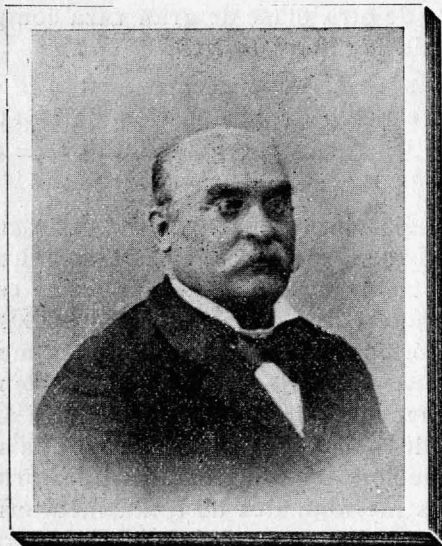
Una vieja observación mía he visto con placer confirmada por el profesor Sergi, que afirma que la forma del cráneo, la parte esencial que caracteriza la raza, no varía en los tiempos históricos y tan solo se modifica muy ligeramente á causa de las cruas. Y bien, Lombroso, invocando las doctrinas de Sergi en favor de la influencia de la raza, cae en una notable contradicción al aplicarla á la inferioridad de las razas meridionales de Italia, mediterráneas; el mismo Sergi ha hecho la apología de los mediterráneos, á los que pertenecían los romanos, y de su espléndida civilización. Sergi para explicar el gran parecido entre la historia de Roma y la de la Inglaterra moderna, no encuentra nada más oportuno que admitir la comunidad de origen étnico de los pueblos romano é inglés: ambos pertenecían á aquellos *mediterráneos*, que en el mediodía de Italia, en Sicilia y Cerdeña, conservarían más notablemente los caracteres de su propia raza! Aunque la atrevida hipótesis de Sergi espera ser comprobada, queda de pié este hecho real que la ha sugerido: la gran semejanza entre Roma é Inglaterra. Ahora se presenta este dilema: ó realmente los hombres que vivieron en la Roma antigua y en la Inglaterra contemporánea pertenecen á una misma raza, y entonces es absurdo proclamar como raza inferior á los mediterráneos que viven en la Italia meridional y que pertenecen á la misma raza de Inglaterra que es considerada como «superior», ó bien los ingleses y los romanos, contra la

hipótesis de Sergi, pertenecen á dos razas diversas y queda luminosamente demostrado que la *diversidad* de la raza no constituye un obstáculo para alcanzar la más alta civilización á que hasta ahora se haya arribado. Este dilema no tiene escape.

Y no es supérfluo hacer constar que la distribución de la inteligencia entre las diversas razas, tal como hasta ahora la han hecho los autores, es puramente fantástica, de la misma manera que es calumniosa la repartición de la moralidad.

\*

La vigorosa contribución de las estadísticas del delito, cada día mejor llevadas en toda la Europa civilizada, ilumina el problema de la influencia de la raza de una manera casi concluyente.



NAPOLÉON COLAJANNI

Pueblos pertenecientes á una misma raza presentan en un momento histórico dado condiciones de moralidad é intelectualidad absolutamente diversas; y pueblos pertenecientes á razas diversas presentan condiciones semejantes. Esta verdad, de innegable y capital importancia, he podido cimentarla estudiando los hechos en todas partes, bajo todos los climas y entre todas las razas, lo que obliga á presumir que esa demostración tiene un carácter de generalidad, lo que dá fuerza á las inducciones finales.

Por otra parte, la raza es evidentemente modificable. Admitida la teoría darwiniana se comprende que es imposible aceptar, como cosa fija é inmutable, el concepto de raza. Se lo podría admitir en ese sentido, mediante el neo-darwinismo de Weissmann; pero éste no resiste los embates de la crítica—vigorosos golpes le asestó el mismo Lombroso en el *Forum* de New-York—y su mismo autor comienza á arriar pa-bellones.

La historia nos dá grandes ejemplos de la modificación del carácter de una misma raza á través del tiempo y del espacio; fenómeno perfectamente constatable á pesar del incesante entrecruzamiento étnico que se produce como una ósmosis y endósmosis entre los diversos grandes grupos componentes de la especie humana.

A todo libre espíritu científico los hechos se imponen, á menos de existir una convicción apriorista. Ninguno, entre los sociólogos ó entre los sostenedores de la escuela penal positiva, intenta desconocer las inducciones derivadas de las diferencias sufridas por el carácter moral de las razas; pero algunos tratan de atenuar su alcance y significación en cuanto se relaciona el hecho con el desarrollo de la civilización, en general, ó con los fenómenos de la delincuencia, en particular.

Garófalo, después de haber aludido claramente á la «inmutabilidad» de las influencias étnicas, (en su *Criminalología*), ha debido reconocer que el carácter moral de la raza se modifica; y para aceptar esto último, cree deber agregar que esas modificaciones no se operan sino después de largos períodos de tiempo, afirmación desmentida por numerosos fenómenos históricos.

\*

Todo induce á pensar que la distinción entre razas superiores é inferiores es, por lo menos, de una extrema relatividad. Los juicios de esa naturaleza emitidos al respecto de cualquier grupo humano, corren riesgo de ser desmentidos de un momento á otro; y los enunciados con el propósito de establecer la inferioridad de algunas razas, desde el punto de vista psíquico y moral, derivan de un insuficiente análisis histórico filosófico. En los fenómenos históricos reside la superioridad ó inferioridad de la raza, y es absolutamente relativa en el tiempo y en el espacio. La inferioridad no puede referirse más que al momento histórico presente; no puede ser absoluta hasta que no se haya cerrado el ciclo fenoménico, hasta que no se termine la evolución.

A la cruz se debe, acaso, el precoz desarrollo de aquellas civilizaciones que dejaron tantos espléndidos monumentos de su grandeza, que han resistido á las injurias de los siglos y de los hombres. El ambiente físico se prestó probablemente á proporcionar tan numerosos contactos, indispensables como reactivos químicos para determinar la evolución social y el nacimiento de las grandes civilizaciones, que Gabriel Rosa no considera posible sino sobre el suelo en que se cimentan varios elementos y se producen los mayores roces sociales. Roces y contactos que, cuanto más numerosos,



tanto más fácilmente producen las variaciones en conformidad con las leyes de la herencia; modificaciones que son idénticas á las que se producen en las razas, tanto por sus modalidades como por sus resultados.

En cambio, son mínimas las variaciones y la influencia de la raza es notable, manteniendo un ambiente psíquico uniforme cuando un agregado social cualquiera se mantiene en estado de aislamiento, por causas de orden histórico ó geográfico. En estos casos, el carácter de las razas se imprime más profundamente en los individuos: á causa de la larga serie de generaciones que han resentido exclusivamente la influencia de la herencia; por la acción concomitante de las condiciones físicas y sociales idénticas que lo determinaron en un principio y luego lo vigorizan; y por la acción innegable del mimetismo, que lleva á los hombres á la recíproca imitación y á una intensificación de los caracteres comunes en razón directa de la comunidad de tendencias que los empuja á la unidad de sentimiento y de acción.

\*

Con la teoría que acuerda á algunas razas el sumo privilegio de las funciones intelectivas, morales y volitivas la historia permanece inexplicable, como ya lo observó Mougéolle; porque la historia presenta ante nuestras retinas, como en un kaleidoscopio, transformaciones y pasajes, rápidos ó lentos, de la civilización de un pueblo á otro, de una raza á otra. Y bien podría aquí recordarse el fenómeno indiscutible de la degeneración de las aristocracias.

Sin embargo, sea lo que fuere, de la uniformidad de manifestaciones psíquicas y de la homología de instituciones, lo mismo que de las diferencias constatadas y por constatarse entre las diversas razas humanas, queda cada día más demostrado que la creencia en la constitución de una «humanidad» que unifique los elementos mejores de todas las razas humanas no es un sueño de cerebros enfermos ni la aspiración de filántropos sentimentales. Esta es la tendencia á internacionalizar todas las instituciones y á borrar las diferencias psíquicas entre los diversos grupos sociales, diferencias que aumentan á medida que se remonta á través de los siglos y que se atenúan por cruza ó por asimilación recíproca de los productos morales é intelectuales, de tal manera que en un porvenir, sin duda no determinable ni próximo, pero menos remoto de lo que pudiera imaginarse, la civilización sobre nuestro planeta tendrá su centro en todas partes, como dice Eliseo Reclus, y su periferia en ninguna.

Y, en la peor de las hipótesis, debe reconocerse que de la «diversidad» de las razas se

marcha hacia su «unidad», el impulso poderoso y siempre creciente de los *factores históricos y sociales*. Influencia que aumenta á medida que disminuye la acción de la tradición y prevalece la de la razón.

Contra la influencia de la raza que representa la fuerza conservadora de la herencia, surge formidable la acción de los factores propios del ambiente histórico-social que, profundamente, la modifican, determinando sus modificaciones y asimilaciones.

Y en todos los ámbitos del planeta, en los períodos históricos como en los prehistóricos, doquier la especie humana ha vivido en sociedad, ha pesado sobre las razas una gran fuerza niveladora, que ha tendido á imprimirles una uniforme modalidad psíquica: los factores histórico-sociales.

NAPOLEON COLAJANNI.

---

## Recuerdos forenses

---

### II

#### Justicia pública

#### y Justicia clandestina

Recuerdo la extraña sensación que experimenté en los primeros momentos de mi llegada á la Argentina, cuando al pedir á un colega del foro porteño me hiciese asistir á algunos debates penales, respondiéndome que, apesar de admitir el código de procedimientos en lo criminal la publicidad y la oralidad del informe *in voce*, los debates públicos y contradictorios eran aquí, de excepción, constituyendo la regla, el procedimiento escrito que sin ser secreto para las partes litigantes, lo era de hecho con respecto al público.

Tengo presente la exclamación que, ante tal manifestación, se me escapó: «Pero esta es una justicia clandestina!»

Tal afirmación en aquel momento era más impulsiva que motivada por una constatación del modo en que pasaban aquí las cosas, constatación que luego, después de un año de observaciones objetivas y de experiencias directas, ha venido á confirmar el juicio de mi primera impresión.

Había recorrido ya medio mundo, había debido—por fuerza ó por amor—hacer de cerca el estudio comparativo de las diversas legislaciones penales de Europa y de América del Norte, y sobre todo, había podido ver con mis propios ojos su modo de funcionar y sus ventajas ó desventajas. Pero de todos esos métodos.

de todas aquellas formas rituales de administrar esta parte más delicada y terrible de la justicia que es la justicia penal, ninguno me pareció más atrasado que el procedimiento penal argentino, ante los progresos de la ciencia y las exigencias de la civilización. El representa un verdadero atavismo legislativo de todo lo malo que existía en las instituciones judiciales españolas de hace algunos siglos, y todo el procedimiento, desde el poco ó ningún respeto á la libertad industrial, hasta la más absoluta indiferencia hacia el control público que la celosa opinión del pueblo debe ejercitar en los países libres sobre la obra de los magistrados, todo se resiente de aquel espíritu de inquisición que fué el tormento y la infamia de las épocas medievales y que el potente soplo del 89 y de las revoluciones americanas no alcanzó á desalojar de la atmósfera social ni de las leyes de los hombres.

Y si hay un punto de la legislación argentina en que más urgentemente se impone la reforma, en nombre de un principio de dignidad nacional, él es sin duda alguna el procedimiento en lo criminal que en el período del *juicio* y de la sentencia, debe hacerse *público, oral y contradictorio*, como es en todos los países del mundo apróximativamente civilizados.

En Francia, en Bélgica, Holanda, Alemania, Inglaterra, Italia, Estados Unidos, la base fundamental de los juicios penales es la *publicidad* y la *oralidad* de los debates, y esto no solo para las causas sometidas á la jurisdicción de los jurados, sinó también para todos los procesos confiados al juzgamiento de los magistrados ordinarios, colegiados ó singulares.

Aquí en la Argentina se incurre, aún por parte de las personas cultas, en una deplorable confusión entre la institución del jurado, que envuelve una cuestión enteramente distinta, y los dos principios procesales de la oralidad y publicidad de los juicios que pueden aceptarse independientemente de la institución del jurado.

En Inglaterra, desde la *Police Court*, hasta la *Criminal Court*, desde los más humildes jueces de las contravenciones hasta el solemne tribunal mixto para los más graves delitos, toda la justicia penal se administra, con una rapidez ignorada por las razas latinas, ante los ojos del gran público que custodia celosamente su derecho soberano de *juzgar á los jueces*. Y por esto, ante la formidable magestad del pueblo, la justicia en el país de Shakespeare está, por lo menos, obligada á ser menos injusticia que en otros países en que es administrada clandestinamente ó casi tal.

Es necesario ser perfectamente ignorante en psicología judicial, para negar el estímulo mo-

ral que constituye en el ánimo del juez para impelerlo á la equidad, el estudio y la imparcialidad, el sentirse observado, vigilado, controlado en sus juicios, por el público, á la gran luz de un debate oral y contradictorio.

Cuántas iniquidades, cuántos posibles errores, han sido evitados por este sistema de la justicia á la luz del sol, por así decirlo, á diferencia de la practicada en secreto, en tiempo perdido, ó á la media luz de las secretarías de los juzgados.

Recuerdo (y este es más bien un recuerdo carcelario, que forense) que hace algunos años, hallándome en Pittsburg (Estados Unidos) y habiéndose puesto á cantar algunas canciones populares, varios obreros amigos, en una casa particular donde se me había ofrecido una comida de despedida, recibimos la poca agradable visita de la policía nocturna que nos condujo á la cárcel, en homenaje á una rara ley puritana, vigente aún en Pensilvania, que prohíbe cantar, desde la media noche del sábado hasta la del domingo, todo lo que no sea de índole religiosa aún de cualquier rito ó culto.

Pero á la mañana siguiente, bien temprano, fuimos conducidos ante el juez de las contravenciones, donde pude sostener en audiencia pública y tanto en mi nombre como en el de mis compañeros, hablando en un inglés temerario, que mis amigos habían cantado, en efecto, pero su canto tenía un fondo de religión que era la fé humana de que ellos eran creyentes, en que algún día pudiese descender á la tierra, el paraíso, en que los hombres pudiesen vivir fraternalmente de su trabajo, en paz y justicia.

Confieso que la tesis era audáz, así como la pronunciación anglo-latina del abogado - acusado. Y sin embargo aquel juez la encontró buena, desde que la ley no hacía distinción de cultos ni de fé; y en su virtud pronunció nuestra absolucíon, mientras el público aplaudía, á la gran luz de aquella aurora, la sentencia reparadora de una extraña prohibición herética.

Evoco el hecho, porque me pareció que aquel juez, cuando debió pronunciarse sobre nuestro caso, tuvo vergüenza de interpretar restrictivamente aquella ley medieval, allí en la solemnidad de un juicio público.

¿Habría hecho lo mismo, pudiéndola aplicar en el secreto de su despacho?

Los abogados criminalistas en Italia, hemos hecho verdaderas campañas en defensa del principio esencial de la publicidad de los debates, cada vez que por una ú otra razón, se trataba de atentar contra él.

Y los atentados á esta base del derecho pú-



blico italiano, en materia de procedimiento penal, repetíanse sintomáticamente, cada vez que se quería obtener de los magistrados un servicio en pro del gobierno, más que una obra de justicia.

En los procesos políticos, por ejemplo, después de haberse sustraído á la jurisdicción de las Cortes de Assise, por medio de un fraude legislativo, hijo del temor, el conocimiento de casi todos los juicios, por delito de imprenta, como también los de índole político-social, se ordenó á los Ministerios Públicos que, con un pretexto ó con otro, solicitaran que los procesos de imprenta se ventilaran, aún ante el tribunal togado, á puerta cerrada.

El fin era demasiado manifiesto para que los defensores que tenían dignidad y valor, se dejaran sorprender por los pretextos con que se encubrían tan odiosos procedimientos.

Pocos meses antes de dejar la toga para atravesar el océano, ocurrióme en el Tribunal de Turin un hecho elocuentísimo de la naturaleza expresada.

Se trataba de un proceso de imprenta en el cual el gerente de un periódico obrero estaba acusado de haber reproducido algunos artículos de propaganda socialista, publicados otras veces con permiso del mismo Procurador del Rey, que solo en la segunda edición los había encontrado acusables.

Apenas abierta la audiencia, el Ministerio Público se levantó para pedir que el proceso se sustanciase á puerta cerrada, so pretexto de tratarse de graves razones de orden público. Yo en mi carácter de defensor, sostuve el derecho de la publicidad del juicio, contra la cual todo atentado constituía una violación de las mejores garantías para el recto funcionamiento de la justicia, y agregué que si el acusador público se avergonzaba de tener que solicitar la condenación de artículos que poco antes, él mismo había reputado inócuos, habría hecho mejor en retirar la acusación.

Declaraba, al mismo tiempo, al tribunal que si se procedía al debate en audiencia secreta me vería en el caso de abandonar el banco de la defensa, entendiendo protestar así contra un acto de violencia judicial que significaba una condenación preventiva.

El tribunal aceptó la forma secreta, y yo me retiré. El presidente entonces, hizo buscar en los Tribunales y en todo Turin, un abogado de conciencia ancha que asumiese la defensa de oficio. Pero nadie quizo aceptar por no hacerse cómplice de tan grosera violación del derecho público.

Puesto entre la necesidad de suspender la causa ó de ceder, el presidente renovó sus instancias para que yo continuase en la defensa,

manifestándome que aún á puertas cerradas, la justicia sabría cumplir con su deber.

Esto no obstante, mantuve mi primitiva actitud, declarando que ni como abogado ni como ciudadano habría abdicado esta garantía de la publicidad de los juicios, que era el último de los frenos relativamente eficaces contra la iniquidad cometida en nombre de la ley. Con estas palabras, salí del aula.

El Tribunal se vió obligado á suspender la causa, condenándome á una multa y á las costas de la suspensión; y tuve que complacerme, una vez más, en una condena infligida por haber defendido un principio de libertad y de justicia; porque mi protesta obtuvo la adhesión de todo el foro turinés. La corte de Casación de Roma anuló mi condena, y cuando el proceso de mi cliente fué reabierto en el Tribunal, nadie osó solicitar el subterfugio de las puertas cerradas, y se hizo justicia con la absolución del acusado.

Cuántas veces, ejerciendo la abogacía en países en que la publicidad y oralidad del juicio penal contradictorio son principios esenciales del procedimiento, he debido confirmar mi convicción de que tales principios no solo constituyen una parte teatral y académica en la administración de la justicia—como se ha dicho con ligereza por quien no ha experimentado los goces de la justicia clandestina—sinó que se demuestran también como los dos elementos más seguros para impedir que la obra de la magistratura desvíe los límites verdaderos de sus atribuciones y sus deberes.

Aquí en la Argentina, donde el Ministro Dr. Magnasco se alzó contra la corrupción de la magistratura, ambas asambleas legislativas abrieron investigaciones contra algunos jueces más criminales que criminalistas, y muy pocos se preguntaron hasta qué punto los deplorables efectos de corrupción tendrían sus causas en los defectos orgánicos de las instituciones.

Cuántos favoritismos, cuántas crueldades se evitarían en la justicia penal de este país, si el juez de sentencia, único ó colegiado, celebrase públicamente sus audiencias, con el examen oral de las pruebas y con la discusión contradictoria entre acusadores y defensores, y si el informe *in voce*, ese germen existente ya en esta legislación y que solo funciona como un sistema reducido, fuese generalizado como un cánón fundamental de los jueces penales, con las garantías accesorias que rodean en otros países el peligroso engranaje judicial!

Uno de los últimos procesos ruidosos de los latrocinios bancarios en Italia, en el que había aceptado la defensa de algunos pobres empleados del pseudo Banco de Como, demostró la gran eficacia de la publicidad y de la oralidad

del juicio, con el descubrimiento de todos los entretelones del fraude político y de salvataje de los mayores delincuentes, que se habían tentado durante la instrucción.

Con el sistema Argentino, los mayores ladrones de tan negra empresa habrían quedado impunes en perjuicio de los menos culpables y menos poderosos; y esto no por que los jueces de la Argentina sean en general peores ó mejores que los de Italia, sino porque allí, con el procedimiento público y oral, cuando surgió en el pleno día de la audiencia judicial, toda la podredumbre de las grandes responsabilidades, que pretendían convertirse en testimonios de cargo contra los cómplices menores, los abogados de la defensa nos rebelamos indignados, y el juez Instructor se vió obligado á dictar auto de captura contra el Comendador Cavallini que había sido el *deus ex machina* del lucioso complot, aunque más tarde le dejase tiempo para huir tranquilamente al extranjero.

Pero, por lo demás, la mejor prueba de que la publicidad y oralidad de los juicios penales destruye las cábalas de los autores de injusticias, está en el hecho de que la tiranía, desde el Santo Oficio hasta los tribunales militares que en Francia y en Montjuich han condenado á inocentes, han hecho siempre sus procesos en secreto y pronunciado sus sentencias bien lejos de la vigiladora presencia del público.

El asesinato moral de Dreyfus, no tiene acaso su génesis en el secreto del primer proceso militar?

Habría osado el tribunal de guerra hacer ante el pueblo las monstruosas ilegalidades que cometió en el cómplice silencio de las cuatro paredes?

Cuántas instructorias que se habían arrastrado lentas é inciertas por meses y años, han sido alumbradas por la luz improvisada en los debates públicos; cuántos culpables fueron confundidos por la probanzas directas que los herían en plena faz, en el combate judicial de los testimonios y de los indicios, y cuántos inocentes pudieron defenderse, frente á frente con los acusadores, y demostrar la falsedad de las acusaciones!

Días pasados, volviendo de un juzgado en el que, al informarme de la suerte de un cliente, supe por boca del secretario que el juez había firmada ya la sentencia de muerte contra él, experimenté un sentimiento de rebelión moral como si se hubiese fusilado por la espalda al acusado, más bien que ejercer con él un acto severo de eliminación social, presintiendo el apuro de un juicio en que el magistrado no había leído siquiera los escritos del pro y del contra, como tampoco se había ocupado de ver al reo, no obstante de hacer en la sentencia la psi-

cología romántica sobre el cinismo del procesado.

Y considerando el inmenso peligro que este sistema de justicia clandestina que escapa á las miradas grandes é intensas del pueblo, representa para la libertad individual de los honestos (por que aún los honestos pueden caer en la emergencia de una acusación), recordaba con sentimiento por la civilización Argentina, las grandes y severas aulas de los tribunales británicos en que si bien se conservan las formas externas del feudalismo judicial, penetra impetuoso desde las calles y las plazas el soberano juicio de las masas, y entran el aire libre y la luz del control popular.

Mientras tanto, aquí al lado de la constitución más liberal del mundo, rige el código de procedimiento penal más próximo que ningún otro á los sistemas medievales de la inquisición.

Pero la *instauratio ab imis fundamentis* está muy lejos del proyecto de reformas judiciales presentado al Congreso por el Ministro de Justicia y que oportunamente analizaremos, con crítica serena y minuciosa.

PEDRO GORI.

## La epilepsia en América

### Sus causas y manifestaciones

(Contribución á la antropología criminal)

No es mi propósito ocuparme en este estudio de la epilepsia en particular, de su etiología y sintomatología, ni mucho menos entrar en detalles y discusiones científicas relativamente á su patogénesis. A esto responden los muchos tratados y memorias publicadas sobre el particular. Me ocuparé solamente de aquellos datos necesarios que pueden permitirme la deducción de las conclusiones médico-legales que me propongo describir y enumerar.

\*\*\*

Entre las varias é importantes cuestiones discutidas á fin de nuestro siglo, en materia de epilepsia, una de ellas, la más importante, se dirige á investigar si todas las varias formas epilépticas, ó solo algunas de ellas, deben ser clasificadas entre las enfermedades que inhabilitan al que las sufre, para el trabajo proficuo. Se ha dicho que en las formas de epilepsia sin movimientos convulsivos, se verifican más fá-



cilmente que en las otras formas, las impulsiones delictuosas, deduciéndose esto del hecho de que ellas determinan alteraciones principalmente en los pensamientos y en los actos. Pero, como todos los epilépticos (escito-motores y psíquicos) en determinados momentos, pueden tener accesos vertiginosos (epilepsia larvada) como los verdaderos epilépticos psíquicos, la cuestión se reduce á determinar el punto máximo en que se verifica en ellos el predominio de la alteración motriz, sobre la psíquica y vice-versa, á fin de deducir de ahí el grado de peligro que estos individuos representan para la sociedad.

Tanto en los accesos de epilepsia psíquica como en los post-epilépticos, la instantanea excitabilidad del carácter, el estallido de impulsiones violentas, automáticas, determinadas por una fuerza interna, irresistible conducente al suicidio ó al homicidio segun los casos, son características en ellos con las alucinaciones visivas y auditivas, con las ideas de persecuciones ó terroríficas por efecto de las cuales se comete á veces el suicidio ó el homicidio.

El enfermo durante el acceso, que puede durar breve tiempo ó prolongarse por varios días, no se halla en estado de resistir á los impulsos voluntarios; huye sin dirección, ve en sus propios amigos, otros tantos enemigos — por alucinación — y los asalta, los mata; incendia, roba, sin recordar lo que ha hecho, después de pasado el estado anormal,

Aún el acceso común puede transformarse á veces en acceso de cólera furibunda por el cual el epiléptico comete homicidios contra personas desconocidas, amigos, padres, y según Berthier, algunas veces estos desgraciados llegan hasta expresar el deseo de volver á ser epilépticos comunes.

El profesor Tino, en el *Compendio de Medicina Legal* (Nápoles, 1892, pág. 282) habla de 339 epilépticos estudiados por él, entre los cuales se contaban alienados en proporción de 4/5, y el otro quinto, aún conservando la razón, se mostraban irascibles, obstinados y caprichosos.

Trousseau pudo examinar un esplendido caso de ataque epiléptico seguido de locura. El carácter del epiléptico se modificó profundamente, el sujeto se hizo irritable, indócil, intolerante ante la más mínima contradicción; sin motivo alguno, promovió querellas injustas contra sus parientes, y reaccionó bruscamente. Se preocupó muchísimo de su salud; cometió desórdenes venereos y por fin estalló en él impetuoso é irresistible el delirio epiléptico con actos impulsivos y sin distinción de personas.

Derívase de esto, que el verdadero epiléptico, tenga ó nó accesos frecuentes, es peligrosísimo siempre. Aún el epiléptico que durante muchos años haya permanecido inocuo, puede, por la acumulación latente de las lesiones cerebrales, hacerse un asesino feroz, es decir: que su epilepsia simple puede transformarse, por su propia madurez evolutivo-degenerativa, en epilepsia completa. Y en realidad todas las variedades de epilepsia simple tienden á la forma de epilepsia completa.

Los epilépticos constituyen pues, una categoría de psicópatas en quienes las necesidades de la vida instintiva del organismo se revelan más evidentemente, tolerando mal los frenos de la voluntad y de la vigilancia moderadora de las conveniencias sociales. Los deseos son impulsos irresistibles; la pasión es emoción, es convulsión, es reacción; el placer exalta el sentimiento y lo transforma en furor, automatismo nervioso y, por consiguiente, psíquico.

\*\*

Existen, sin embargo, individuos con predisposición á delinquir, independientemente de toda influencia especial, en los cuales el móvil del delito se halla en su personalidad, y que constituyen la categoría de los *delincuentes-natos*.

Individualidades morbosas, degeneradas por transmisión hereditaria, con signos de retardo ó de detención de desarrollo anatómico y funcional ó con desigual distribución de desarrollo, con signos atávicos ó patológicos en una constitución que no ha llegado á su completo desenvolvimiento y cuyas saltantes analogías son las mismas del epiléptico y del loco moral.

En sus más pronunciadas analogías el delincuente-nato, el epiléptico y el loco moral, se transforman en una única individualidad cuyos actos criminales excluyen la responsabilidad moral. Las condiciones morbosas del individuo con tendencias á la criminalidad, deben buscarse en las variadas y periódicas alteraciones de la personalidad y en los determinados modos de sentir, de querer y de obrar, producidos por la epilepsia. Por eso, el epiléptico puede delinquir habitualmente. Otras veces la locura moral y la epilepsia integran la delincuencia congénita, es decir, que tienen verdaderas afinidades con el delincuente-nato. Todos los estudios modernos aspiran á confirmar esta analogía; disienten sin embargo, Legrand, Morel, Bonfigli, Tardieu y otros que niegan la absoluta irresponsabilidad de un acto delictuoso ejecutado por un epiléptico en un período de tiempo no comprendido poco

antes, durante ó después del acceso, no admitiendo en este caso más que la simple circunstancia atenuante.

En mi sentir, antes de llamar al epiléptico semi-irresponsable de un delito, ante el resultado de los estudios modernos, debe meditar mucho.

Todos los epilépticos hasta los más bondadosos y tranquilos, pueden de un momento á otro, ejecutar actos delictuosos, desde que, tanto al exámen físico como al psíquico, se verifican en todos ellos las mismas características, ya se trate de locos, criminales ó inócuos. La vida epiléptica ó es demente ó susceptible de alteraciones dementes, y si se quiere admitir en esta última la existencia de intervalos de normalidad durante los cuales se admitiría también la plena conciencia intelectual y moral de los actos criminosos, sería necesario reconocer igualmente en estos períodos de estado llamado normal, la integridad de la psiquis y, por lo tanto, la apreciación exacta del yo completo.

Y luego, cómo excluir que el período inculminado no sea el período del acceso?

Acaso los falsos conceptos é ideas delirantes no pueden haber sido en el epiléptico los móviles de su delito?

Aún admitiendo que un epiléptico pudiera encontrarse en condiciones normales como para cometer un delito sin que resultara la dependencia de la acción de impulsos propios de la naturaleza epiléptica, se podría, por ventura, reconocer una semi-irresponsabilidad en semejante individuo?

Basta que un individuo sea epiléptico ó no haya tenido una educación moral suficiente, para que el freno de su voluntad sea insuficiente á reprimir el delito.

Es verdad que se ha visto delinquir á epilépticos aún fuera del acceso de locura transitoria epiléptica, es decir, después de un largo tiempo de preparación del delito, sabiendo perfectamente lo que trataban de hacer; fijando con anticipación el día y el momento en que con mayor facilidad pensaban que pudiese tener éxito el golpe meditado, — pero no se puede admitir ni aún para estos, la responsabilidad, puesto que en el exámen psíquico se encontrarán siempre datos suficientes para atestiguar la falta absoluta de la conciencia moral.

Según Lombroso, hasta en el furor epiléptico el acto puede parecer premeditado, y Echeverría afirma que en el delito epiléptico pueden tener un desahogo tardío las impulsividades relativas á ideas muy anteriores.

En su libro *La epilepsia en relación á la degeneración* (Turin, 1891, pág. 300) Tonnini dice que «en los epilépticos, aquellos hechos que «jurídicamente se llaman premeditación y maquinación, no excluyen, sinó que, por el contrario, explican la perversión epiléptica; así «cuando la mente está dominada por una idea «que se amolda mejor á los malos instintos, á «las propias tendencias congénitas, esa idea ad- «quiere tal predominio en el ánimo, que se subordina á ella, en consecuencia, todas las «acciones y de ellas brotan planes de refinadísima premeditación que dan fé de que la entera vida mental de estos individuos es absorbida por aquel hecho como un acceso de «criminalidad».

Un delito puede, entonces, estar ligado á la vida ordinaria del epiléptico además de estarlo al acceso epiléptico; y de ahí un doble estudio: estudio de las manifestaciones convulsivas y estudio de la vida psíquica ordinaria del epiléptico.

\* \* \*

En *L'Uomo delinquente* (vol. 2.º) Lombroso demuestra con una serie de hechos, que en la epilepsia se encuentran todos los caracteres de los locos morales, aumentados, y que la epilepsia representa la exageración en las líneas de la criminalidad.

La criminalidad puede considerarse, con Tonnini, como una variedad de epilepsia depurada de algunas manifestaciones neuróticas y especialmente de las manifestaciones convulsivas. Acaso no son comunes al epiléptico y al loco moral, la exageración del índice cefálico (Tonnini) y la mayor resistencia del sistema peloso, en comparación con el sano (Frigerio)?

El profesor Ribaudo encontró en los delincuentes epilépticos, que suelen tener vigor y acción en sus actos delictuosos, zígomas prominentes, robustos músculos de la masticación y de la nuca que traducen una preponderancia de la vida orgánica y motriz, sobre la psíquica é intelectual, forma elipsoidal de las fosas nasales, y nariz torcida.

El 19 % de los delincuentes locos, epilépticos y delincuentes-natos examinados por Lombroso eran *zurdos*; en sus sujetos el profesor Donaggio halló el 30 % y de ambidestros el 4 %; el profesor Marro notó el 23 %.

Otros caracteres comunes á los epilépticos, delincuentes-natos y locos morales, son las manifestaciones de la perversidad ciega é inconsciente, la débil resistencia intelectual, gran fa-



cilidad de los actos reflejos y debilidad de los inhibitorios, cambios de carácter, dolores á la cabeza, humor pendenciero, exaltación, tendencia al suicidio, temblores, debilidades, etc. que se verifican con las variaciones meteóricas.

\*\*\*

No puede recogerse en las cárceles estos locos morales, estos criminales reincidentes, incapaces de comprender lo que es ó nó justo, que juzgan los reatos cometidos, como necesidades satisfechas; estos degenerados nacidos de genitores alcoholistas, epilépticos ó alienados; verdaderos epilépticos, no pueden condenarse. La sociedad debería pensar en tenerlos en sitio seguro del que no pudieran salir sinó cuando se hubieran hecho inocuos. Aún en el caso de que sus delitos fuesen tales que, en condiciones psíquicas normales, habrían merecido la pena de muerte ó reclusión perpetua, debe existir siempre para los agentes un lugar de *segregación* bien distinto del actualmente adoptado, porque no es justo que estos irresponsables sean infamados. Y en efecto, en rigor de términos, para estos delincuentes impulsados á la criminalidad y para los epilépticos, no se puede ya hablar de *pena*. La sociedad solo debe proveer á que estos sujetos no la dañen, y nada más.

Mucho sería si todos los epilépticos, para no hablar de los demás alienados, que han cometido algun hecho delictuoso, debiesen recluírse en sitios especiales de *segregación*; resulta, pues, necesario eliminar por una parte, y por la otra destruir, ó por lo menos tratar de hacerlo, el nucleo central de aquella célula social de que emana esta fuente epiléptica que infecta á la humanidad entera amenazando trastornarla completamente, con el tiempo.

Las estadísticas son espantosas!

Antes de entrar de lleno en la materia enunciada por el tema de este estudio y de someter á nuestro exámen á tres de las figuras más monstruosas y alocadas que encarnan las tres formas típicas de la delincuencia, en el sentido admitido por la moderna escuela criminal, y que en este último decenio han conmovido tanto con una serie de delitos *aristocráticamente feroces* á los asiduos lectores de la crónica negra americana, no es del todo inútil detenerse un poco en la generalización de la concepción epiléptica y precisamente en la parte que se refiere al delito y á sus formas clásicas.

En otros términos: Un frenólogo, puesto en presencia directa ó indirecta del cuerpo del delito, es decir ante el hecho y conocimiento del

gran lujo de detalles extensa y minuciosamente narrados por las crónicas periodísticas, podrá pronunciarse sobre las condiciones patológicas del ignorado autor del delito?

Y, dado que así sea, podráse además, excluir ó admitir la irresponsabilidad del agente, por solo *la manera en que se ha cometido el delito*, excluyendo ó admitiendo la premeditación, y afirmando ó negando la existencia de un ataque convulsivo con la consiguiente suspensión ó pérdida de la conciencia?

Pienso que sí.

Hay delincuentes y delincuentes, delitos y delitos. Existen delitos *ordinarios*, esto es, cometidos por personas psíquicamente sanas, ó por lo menos consideradas tales según el concepto moderno de las doctrinas científicas; hombres que delinquen en condiciones normales de vida, bajo el estímulo del lucro ó de otro interés material y que constituyen el fondo de esa delincuencia que *aparece, desaparece y reaparece* rápidamente, —para usar la expresión de Ferri— *sobre la lente opaca de las audiencias de pretura ó entre los muros más ó menos enmohecidos de las cárceles*; existen luego, delitos *extraordinarios* cometidos por hombres en los cuales se denuncia tal insuficiencia de educación moral, que en ellos el freno de la voluntad no es bastante para reprimir un delito, que delinquen *por delinquir*, sin un objeto, sin el estímulo y las modalidades que caracterizan los delitos ordinarios (delincuentes natos) hombres en quienes la acción resulta dependiente de impulsos propios de la naturaleza epiléptica (epiléptico y locos morales).

Y es en esta segunda categoría de delitos que la criminalología moderna busca y encuentra sus tipos clásicos; sus tres tipos del hombre delincuente: *delincuente nato, delincuente loco, delincuente pasional*.

Ingenios superiores á la media del ingenio criminal, amenudo geniales en sus formas monstruosas y alocadas y que en el noventa y nueve por ciento de los casos, dejan sobre el cuerpo de las víctimas, rastros que permiten definir sus tipos, según la moderna clasificación bio-sociológica.

El delincuente-nato es frío en sus acciones; el loco moral, frenético, y furibundo y desordenado el epiléptico: Macbeth, Hamlet, Oteló.

El delincuente-nato, el violento de inteligencia aguda cuyas acciones revelan siempre una idea preconcebida, el drama premeditado y guiado por el más frío raciocinio y por una astucia feroz; frío y salvaje con la víctima como astuto

en la destrucción de todas las pruebas acusadoras; este tipo criminal del cual el genio de Sué proyectando el rayo de una linterna de trapero en los oscuros ángulos de un grupo de conciencias de los bajos-fondos de París, supo encontrar y reflejar tan admirablemente en la monstruosa figura del *Maestro de escuela* que acecha á la víctima y la mata generalmente con cuchillo, de un solo golpe, dirigido al corazón por una mano que no tiembla y por una mente que sabe conservar su calma uniforme, libre de sacudidas nerviosas intermitentes, cínico y frío en los infalibles monólogos en que los miserables que han sabido herir sin estrépito, expresan la propia satisfacción por el golpe maestro, es fácil reconocerlo, reconstruyendo la escena perfectamente, y determinarlo por los rastros que ha debido dejar especialmente en el cuerpo de la víctima.

Generalmente, estos grandes delincuentes, dotados de una habilidad y de un golpe de vista peculiar, miran al pecho ó á la espina dorsal, y con un solo golpe saben librarse de la víctima; pero si por la fuerza de esta, ó por un paso falso del asesino, sobreviene la lucha entre ambos, puede también reconocerse que se trata del tipo criminal referido, desde que las otras dos especies, además del desorden que los caracteriza, suelen aportar á sus actos delictuosos una vigorosidad y una acción mucho mayores que las necesarias, determinadas no ya por el cálculo de un habituado á la lucha que trata de vencer á otro, sinó por una cólera furibunda, exagerada, monstruosa; por una intensa voluntad de asaltar, de matar, sin consideración alguna ni por el amigo ni por el padre. Y todo esto deja huellas bien distintas á las que el delincuente nato propiamente dicho puede dejar en el cuerpo de su víctima.

El delincuente loco que á la neurosis criminal añade la enagenación mental, pone en el acto delictuoso una acción y un vigor muy inferiores á los desarrollados por el delincuente epiléptico propiamente dicho. Esto resulta netamente manifiesto sometiendo á un examen antropométrico las cabezas de ambos tipos.

Son más robustos los músculos de la masticación y de la nuca, en el delincuente epiléptico; son por consiguiente en él más predominantes las funciones orgánicas y motoras sobre las sensorias é intelectivas, que en el delincuente loco.

Lombroso encuentra en la epilepsia todos los caracteres de los locos morales, agrandados. A

pesar de esto, es quizá una tarea difícilísima el reconocer por manifestaciones epilépticas, ciertos delitos que pueden confundirse con los ejecutados por locura ó por ímpetu de pasión. Es necesario el control de un ataque éxcito-motor, para resolver la cuestión.

Dejando aparte la obra maestra de Sué donde, además del *Maestro de escuela*, también *El Churiador* habría podido servirnos como tipo clásico de comparación, si el genial autor no lo hubiese tratado tan secundariamente bajo el punto de vista *bio-sociológico*, — podemos encontrar los dos tipos que buscamos, en dos obras maestras del arte de Zola: el Estéban Lantier de *Germinal*, y el Jacobo Lantier de la *Bête humaine*, ambos envenenados en la sangre por la acumulación continua del alcohol en varias generaciones, ambos asaltados en una violencia del instinto, por la necesidad de dar muerte á un ser humano.

Estéban tiene sus momentos feroces que solo lo asaltan quando bebe una copa de licor; siente la necesidad de *comerse* un hombre. Jacobo es menos violento, y su necesidad se limita á matar, pero á matar una mujer y no un hombre, una mujer joven cuyas frescas carnes impresionaban su vista, suscitando en él la pasión homicida.

Es más prepotente el instinto de Estéban que *siente la necesidad de comerse un hombre*, con respecto á Jacobo que solo habla de *matar*; pero aún hay más: Jacobo es un hombre honesto en todo y por todo, bien entendido que exceptuando los feroces momentos que lo asaltan; Estéban, por el contrario, es de carácter impulsivo, irascible, agresivo; se había encontrado amenudo en la calle y siempre por haber insultado á los jefes de los diversos establecimientos en que había trabajado, y últimamente cuando se presentó á Etienne en busca de trabajo, confesó á Catalina que se había encontrado sin él por haber abofeteado á su jefe.

Pertenecen estos dos hombres á la misma figura de delincuente, al mismo tipo de la clasificación bio-sociológica moderna?

Algunos de los más insignes criminalistas ven tanto en Estéban como en Jacobo Lantier, dos epilépticos propiamente dichos (digo propiamente dichos, porque muchas formas de epilepsia, aún hoy se consideran comprendidas con ciertos desarreglos que se atribuyen en parte á la locura moral) y objetan á Zola haber definido mal el tipo de Jacobo, porque no lo pinta como irascible en su vida normal. Será si acaso Jacobo



una variedad de epiléptico siempre que se considere como tal el loco moral en vez de hacerse de él una clasificación aparte. Para mí es un loco moral como hay tantos, y nada tiene que ver con el Estéban Lantier de *Germinál*.

Cierto es que este tiene muchos puntos de contacto con Jacobo, pero acaso no tienden los criminalistas modernos á demostrar la analogía entre la locura moral y la epilepsia? No se demuestra hoy que el más feroz asesino no es más que un *epiléptico completo*?

O proclamamos, pues, el tipo único y formamos los sub-tipos y las variedades, ó conservamos sinó, los tipos distintos.

Todavía es obra difícilísima reconocer como manifestaciones epilépticas ciertos delitos que pueden confundirse con manifestaciones de la locura moral; de todos modos, difícilísimo no significa imposible, y el gran número de los magníficos ejemplares ofrecidos por la delincuencia americana se presta ciertamente para deducir de él algo de original para el porvenir y para resolver la cuestión, sin la necesidad de un ataque éxcito-motor que la controle.

\*\*

Dos palabras aún sobre la *anamnesis* y la *etiología* de los tres tipos: Está suficientemente probado que todas las variedades simples de la epilepsia tienden por su propia madurez evolutivo-degenerativa, á la epilepsia completa.

Delincuente nato, loco moral y epiléptico, son una sola entidad morbosa, tienen un único punto de origen: la epilepsia.

Y es del *connubium* de la epilepsia con la locura ó con la criminalidad, que nacen los más feroces asesinos, los epilépticos completos.

Pero entendámonos: No es necesario que los progenitores sean verdaderamente epilépticos, para transmitir á los descendientes la predisposición hereditaria, puesto que el alcoholismo, la sífilis, la consanguinidad y todas las enfermedades nerviosas, convulsivas ó mentales, pueden crear en los hijos un estado de predisposición á tal forma morbosa.

Con las investigaciones anamnésicas se ponen de relieve los datos de la herencia y también los del ambiente doméstico, de las condiciones sociales, de la conducta, y de la índole, no solo de los padres, sinó también del individuo que se examina. Solo después de esa investigación, se hace la historia de las causas posibles que han dado origen y desarrollo á la forma morbosa propuesta, entrando así completamente al campo de la etiología. Después de la que deriva del

*connubium* de dos individuos epilépticos, la causa más autorizada de todas las posibles, es sin duda alguna, la degeneración adquirida á consecuencia del abuso del alcohol.

Es terrible la ley de la acumulación hereditaria que preside á esta causa, puesto que mientras físicamente se manifiesta en la forma de la cabeza, en la expresión de la cara, en los diversos defectos de desarrollo de los órganos, etc — intelectualmente limita los poderes psíquicos, y moralmente, tiene una manifestación en las anomalías de las facultades instintivas, en la deficiencia del sentido ético y estético, en la falta de energía volitiva, etc.

Sigamos paso á paso las sucesivas generaciones, descendentes de una anterior de alcoholistas:

1ª *Generación*: Depravación ética; abusos de la vida; accesos de alcoholismo.

2ª *Generación*: Ebriedad habitual; accesos maníacos; encefalopatías crónicas (parálisis progresiva).

3ª *Generación*: Hipocondría; *taedium vitae*; melancolía; tendencia al suicidio, á la prostitución, al delito; anomalías orgánicas; gracilidad; morbilidad; mortalidad precoz.

4ª *Generación*: Imbecilidad; idiotismo; esterilidad; nati-mortalidad; extinción de la familia.

—

Los simples accesos de alcoholismo de la primera generación, se han transformado, pues, en la tercera, en accesos de epilepsia, de locura moral, de delincuencia; se tiene pues una tendencia á la criminalidad bastante bien manifiesta en los abusos de la vida de los ascendientes (1ª generación) tendencia que vá agigantándose cada vez más merced á la ley de la acumulación hereditaria en los accesos maníacos y encefalopatías crónicas, acompañados y reforzados por la embriaguez habitual de los descendientes (2ª generación) hasta convertirse más tarde en acceso epiléptico bien definido — loco moral, ó delincuente — (3ª generación). Esta tendencia á la criminalidad en una generación de alcoholistas, que se inicia, no siempre alcanza á su límite máximo determinado por la ley de la acumulación (delincuencia-nata) ó en otros términos: el descendiente de la tercera generación, aún quedando subyugado á las últimas manifestaciones epilépticas de la cuarta, puede hasta por

las acciones modificadoras del ambiente, salvarse de la epilepsia completa, no delinquir habitualmente, quedando así atenuada la modalidad morbosa de sentir, de su naturaleza, debilitando hasta un cierto punto la impulsión alteradora de su personalidad, huyendo quizá el ataque convulsivo, conteniendo la tendencia al delito y al suicidio producto de sus condiciones morbosas, pero todo ello para caer en la hipocondría y en la melancolía ó accesos psicopáticos á grandes intervalos, con predominio de la alteración psíquica sobre la motriz aún cuando en grado poco peligroso para los demás individuos y para la sociedad.

Podemos pues encontrarnos ante un epiléptico propiamente dicho, ante un loco moral ó un verdadero delincuente.

Lo que no podrá evitarse ni aún con una poderosa educación moral es la tendencia bien marcada á la prostitución en las mujeres, ni la profunda perversión sexual en los hombres, perversión que puede ser reemplazada, á veces, por profundas anestias morales, toda vez que no es raro el caso de encontrar en los epilépticos notas afectivas que indican el contraste de pasiones anormales. La educación puede, no obstante impedir — si interviene á tiempo y es continua — que el sujeto alcance á caer en la forma morbosa límite (epilepsia completa) deteniendo en su marcha la acumulación latente de las lesiones cerebrales y sustituyendo por un epiléptico-melancólico ó hipocondríaco, al sujeto que con una falsa educación habría sido un loco moral ó un delincuente peligrosísimo.

Es la única concesión que la ley de la acumulación hereditaria se siente inclinada á hacer en pro de los descendientes de una familia de alcoholistas cuyo *modo de vivir* libre de excesos físicos y morales, es la educación seria.

Hemos empezado ya, desde la segunda generación, una decisiva misión regeneradora y reparadora.

Por lo demás, fácilmente se comprende que el individuo, siempre rodeado de las innumerables causas degenerativas que tienden á obstaculizar la cura, y á imprimir en el organismo condiciones de agotamiento, no pueda sustraerse totalmente al influjo funesto de esta ley.

Podrá, por ejemplo, un determinado representante de una familia de indigentes, sustraerse mediante una absoluta abstención, á los efectos del abuso de licores alcohólicos, de los abusos diestéticos característicos de sus ascendientes, pero no siempre podrá sustraerse igualmente á

los que provienen de una mala nutrición, de los excesos de trabajo, de respirar aire viciado.

Podrá el representante de una familia elevada, sustraerse á los efectos de los abusos venereos, de las vigiliias prolongadas y de todas las fatales locuras características de la juventud aristocrática, pero para conseguirlo, se verá obligado á aislarse completamente, á vivir una vida retirada en que no tardaría en ser vencido por el onanismo.

Una educación indolente y afeminada, basta por si sola para imprimir en el organismo condiciones de agotamiento. El abuso del tabaco, del café y del té, tienen luego, una grandísima influencia sobre todas las neurosis.

Es neurótico el siglo XIX y hacia la neurastenia se incamina la humanidad entera.

\* \*

Otra causa autorizada entre las más posibles, originarias y fomentadoras del desarrollo de esta misma forma morbosa, es la consanguinidad.

Como las facultades intelectuales y morales, como las hábitos, las tendencias, las necesidades, etc., se heredan también las anomalías, deformidades y enfermedades, transmitiéndose de generación en generación. Todo individuo, producto último de muchos *connubium* anteriores, cada uno de los cuales ha introducido en la serie los propios gérmenes hereditarios, tiende á presentar reunidos los caracteres más diversos ya sea debilitados, ó por el contrario, aumentados. Pero existen caracteres que se equivalen y entre estos están las enfermedades nerviosas y mentales, las cuales se heredan siempre bajo forma análoga y equivalente y nunca bajo forma variada (metabolismo de los germenos hereditarios). Nótese, además, que cuanto más numerosas son las generaciones en que ha aparecido un carácter determinado, tanto más grande se hace su resistencia de transmisión, y entre los gérmenes hereditarios que participan en la formación de un nuevo individuo, se produce una lucha en la que vencen los que desde más largo tiempo se han transmitido; en una palabra: la herencia es siempre acumulativa.

Ahora, si se tiene presente que en el pasado, la América del Sud ha sido la gran válvula de escape de la delincuencia Europea, la *ciudad del refugio* y el teatro de las hazañas del *bandolerismo* escapado de allende el océano, se comprende cuanta ha debido ser la importancia de este factor en el actual desarrollo de la criminalidad americana.



El *connubium* de la locura con la epilepsia y con la criminalidad, ha debido ejercitarse en el pasado sin duda en vasta escala, y es de esta conjunción de formas morbosas y de caracteres homogéneos, que han debido desarrollarse aquellas figuras monstruosas y alocadas que en este fin de siglo tanto han impresionado, con una serie de atroces delitos, á las Repúblicas Sud-Americanas. Son estos los epilépticos completos, aquellos para los cuales la ley de la acumulación no ha podido descender á concesiones, los vencidos en la lucha é inexorablemente heridos por el mal filogenético que estalla en el último representante de la familia retrogradada.

Por otra parte, la forma morbosa no limita su acción degenerativa á solo los derivados de un *connubium* de epilépticos ó delincuentes, puesto que su ley se extiende también á todos los descendientes de esos *connubium* representados por dos genitores consanguíneos (herencia conyugal).

Bien conocidos son en el mundo científico los efectos degenerativos de la reproducción consanguínea. No solo los cónyuges ligados entre sí por vínculos de sangre (y sujetos, por lo tanto y generalmente, á las mismas enfermedades) acumulan sobre los descendientes una doble tendencia á esas mismas enfermedades (nótese que el siglo XIX es físicamente neurótico) sino que resulta además, de su unión directa, una pérdida de vigor constitucional que vá siempre acumulándose é identificándose cada vez más sobre las generaciones sucesivas.

Otra de las causas posibles, generadoras de la forma morbosa que forma la materia del presente estudio, es la sífilis

Pero como esta enfermedad no es seguramente una característica de América y antes bien, por el momento, es probable que haga más estragos en el viejo mundo, no creo necesario ocuparme especialmente de su etiología, ni entrar en detalles relativos á su patogénesis.

Un gran contingente, tan considerable como el dado por el alcohol á la producción de las neurosis degenerativas, lo suministra la exaltación religiosa que amalgamada con una legión de brujas, demonios, adivinas y mano santas, flagela aquí en América, más que en ninguna parte, el espíritu, del modo más vivo, é impresionable terriblemente la imaginación, favoreciendo, en los innumerables predispuestos, el desarrollo del histerismo y de la epilepsia.

Se sabe que mientras más viciado tiene un individuo su sistema nervioso, recibe con mayor facilidad las impresiones, llegando hasta hacer

suyas las ideas de hechos que no han sido ni observados ni experimentados personalmente, sino oídos contar por otros.

Los exaltados especialmente, predispuestos al delirio y á las creencias ciegas, multiplican imaginaciones extrañas y dan lugar á alucinaciones con todos los visos de la realidad. Surgen entonces raras manifestaciones neuróticas con caracteres propios y verdaderos de contagio para los sujetos con disposiciones neuropáticas, y entre esta gente, toda enfermedad sobreviniente cuya causa es ignorada por el médico, ó no sabe definirla, ó prescribe un remedio ineficaz, pasa al repertorio de la adivina ó de la *mano santa*, aumentando la falange de los supersticiosos, motivando nuevas alucinaciones y determinando, por contagio, nuevas formas de neurosis reveladoras de la histero-epilepsia más ó menos latente.

Estoy firmemente convencido de que en todos los individuos que actualmente existen, hay una peculiar disposición á enfermarse del sistema nervioso, una cierta disposición neuropática, en la que las condiciones morales pueden ejercitar su acción lo mismo que la influencia de las malas condiciones higiénicas.

En Europa, la exaltación religiosa que en la edad media iba difundiéndose en las numerosas aldeas y ciudades, verdaderas epidemias de enfermedades convulsivas, debía ser vencida poco á poco por la civilización.

Las hechiceras, los demonios, las brujas han alistado ya su bagaje para la América, desde hace algún tiempo. Y sobre estas huellas producto de la ignorancia y de las supersticiones de un tiempo, la civilización moderna, siempre creciente, se asienta con todas sus exigencias que mezcladas con una educación equivocada y un exuberante trabajo psíquico, torturan y enferman los cerebros juvenes, preparando en ellos la base sobre que se desarrollará más tarde una neurosis.

El ex-fermento ascético del jansenismo equivale, pues, bajo este punto de vista, á la moderna civilización?

Puede que sí. Pero también pudiera ser que la amalgama de las indigestiones intelectuales repartidas á la juventud bajo los auspicios de la pedagogía europea moderna, sean el principal, sino el único factor que produce ó continúa aquellas neurosis que en la edad media eran monopolizadas por el fermento ascético del jansenismo ó del misticismo en general. Esto, en Europa. En cuanto á América, paréceme que los

consejos escolásticos auxiliados por la policía no debieran permitir que los numerosos sujetos *manos santas* continúen tranquilamente su obra de mistificación en las ciudades, y especialmente en las aldeas, esparciendo con la ignorancia y la superstición ese germen morboso que favorece, en los predispuestos, el desarrollo del histerismo y de la epilepsia, y difunde enfermedades convulsivas que, en determinados lugares, asumen el carácter de verdaderas epidemias, dando lugar, por contagio, á muchas formas de neurosis.

Y de tal epidemia, no es raro que surja de improviso el delincuente, el exaltado que espera en el camino, con el fusil pronto, á cualquier personalidad médica del pueblo que se rebela con generosidad contra las mistificaciones del hechicero que disfruta la buena fé de los crédulos, y con respecto al cual se pretende renovar los milagros cristianos, sin excluir acaso, el de la multiplicación de los panes y de los pescados.

He afirmado precedentemente que cuanto más viciado tiene un individuo su sistema nervioso, con mayor facilidad recibe las impresiones, llegando hasta hacer suyas las ideas de hechos que no han sido ni observados ni experimentados personalmente, sinó oídos de labios ajenos. Ahora bien: este individuo que ha permanecido inocuo hasta entonces, puede transformarse repentinamente en asesino, pudiendo explicarse la frenosis epiléptica en la forma más peligrosa.

En tal caso, la víctima es siempre el médico, el funcionario ó alguna otra personalidad hostil al *hermano* ó al *mano santa*, nombres con los cuales se hacen llamar ó son más frecuentemente llamados, aquí en América, estos numerosos embaucadores que con la ayuda de Dios y de la virgen, pretenden curar al prójimo, sublevando en provecho propio, á toda la aldea, contra el médico, aumentando la falange de los supersticiosos, motivando nuevas alucinaciones, y determinando por consiguiente nuevas formas de neurosis. Y de estas últimas, nacerán, con el tiempo, y se reproducirán sobre las generaciones que desde el epiléptico parcial, á consecuencia de la acumulación latente de las lesiones cerebrales, llegan hasta el loco moral y al delincuente-nato (epiléptico completo). Y bajo este punto de vista, el hechicero es tan peligroso como el alcohol.

El alcohol, el hechicero, la unión de seres con caracteres homogéneos y morbosos, han sido hasta hoy y continúan siendo los tres grandes factores principales de las manifestaciones epilépticas del nuevo continente.

Se puede combatir el alcohol, se puede combatir el brujo, se puede combatir la unión morbosa, neutralizando la acción del primero, anulando la del segundo é impidiendo la de la tercera.

G. SITTONI.

---

## García Moreno

---

### I

La pequeña República del Ecuador poco sería sin su Olmedo y sus tiranos, sobre todo sin su Olmedo, que primero cantó á Bolívar vencedor y más tarde al general Flores, sanguinario triunfador de Miñarica, el mismo que años antes, al saber las nuevas de Ayacucho, se entretuvo, echado sobre su caballo y de carrera, en lancear con hachones encendidos los retratos de los antiguos gobernadores de Quito, en la plaza mayor de la ciudad.

El Ecuador tiene montañas que se elevan á los cielos, tiene un Cotopaxi estruendoso que cuando estalla en columnas de humo y fuego hace que se estremezca aquella hermosa parte del planeta. Los seres huyen despavoridos; vuelan azoradas las aves; retiembla como un trueno la entraña terrestre; nubes rojizas y súbitos negros ponen espanto en los semblantes; anochece en la aurora y ¡ay de los hombres y de los ganados mujientes que se precipitan por las laderas con apocalípticos terrores!

Los monstruos de piedra se elevan á muchos miles de metros sobre el nivel del mar; sus cabezas nevadas se avistan desde muy lejos; los campanarios son agujas y las viviendas humanas piedrecillas, al lado de estas imponentes grandezas; la humanidad entera, hacinada como un montón de carne, no formaría una mole tan alta y tan ancha como el airado Cotopaxi. El hombre pasa invisible, como una hormiga por ante los pastos, por debajo de las selvas del Oriente, todo verdor, todo inimaginable espesura; el gran rumor de la Creación hierve y se agita por doquiera; los jaguares pululan en la maraña como en los días primitivos.

El río más grande del mundo pasa tronando sus rompientes al sur; al occidente, interminable, tiende su luminosa magestad el grande Océano; todo allí es colosal. Si el hombre de esas regiones fuese capaz de entender la soberana hermosura de la naturaleza, no volvería á pensar en política.

Sin embargo, fuerza es convenir en que ha habido allí, notables ejemplares humanos. La Italia mediceval nada sería sin su Dante geó-



grafo del infierno; nada con sus luchas, con sus Venecias, con sus Pisas, con sus Génovas, dueñas del Mediterráneo, sino pudiese enseñar, para atestiguar que ha existido, el libro de un hombre violento, enjuto, seco, verdoso, espectral, que vió las regiones infernales, luego el *sana-torium* de las almas y también el Paraíso, todo finalmente iluminado por las estrellas del cielo.

El Chimborazo puede anunciar sus furores á las regiones comarcanas y envolverse en el orgullo de sus fuegos aéreos: no pasará de los záfros y de las otras tribus infelices. Por el cantor de Junín es que el mundo conoce al Ecuador y por sus otros hombres de estro, y por un jesuita duramente severo, creador del reino teocrático católico y personificación la más alta de la Edad Media en América.

Hay hombres semejantes á montañas, según se ha dicho antes de ahora y por los cuales se sabe de la humanidad. El pueblo que carece de grandes hombres, es más bien rebaño humano que pueblo.

En cuanto á García Moreno, parece á algunos de los airados volcanes de su país.

Tal como las zarzos y espinos en las tierras fértiles, creció en nuestra América toda suerte de malezas de instinto y de zarzas morales, quizá en parte debido á la fiera virginidad de su suelo y sus costumbres: desde los caudillos anónimos, sedientos de sangre y horrores, amantes de los vivacs guerreros, hasta los hombres de talento, pero de duro corazón, que constituyen hoy, por lo mismo que fueron vistos desde muy lejos, los casos más típicamente interesantes de esa extraña familia de los tiranos, comprendida en la fauna humana, engendros de la fuerte estirpe española, ruda en el mandar, fanática en sus pensamientos, cruel en la lucha, vanagloriosa si vencedora, hosca y triste y sin esperanza, si vencida.

Tratándose de García Moreno, cómo considerarlo? El abate Berthe, quiere que se le saque bajo palio: rodéalo de bendiciones; para él enciende su lámpara, para él, entona su cántico; él es el héroe, él el mártir, él el cristiano. Un poco más y D. Gabriel pasa á los nichos de los santos. La tontería del abate es tan grande como los odios que otros han sentido por el déspota senatoriano.

Cómodo sería para un escritor tomar el fácil partido del término medio y dar tantos adarques de razón á los otros. Pero esta vez *in medio veritas*, como tantísimas imbecilidades humanas, no nos parece de lo mejor y antes nos parece que no sirve para nada, lo cual acaece casi siempre. La verdad es una y ocasiones se presentan en que sinceramente debemos exclamar con el taciturno príncipe dinamarqués *ser ó no ser*.

Se enaltece á García Moreno en nombre del catolicismo y se le despedaza en nombre de la libertad.

Sería necesario saber qué especie de catolicismo era el suyo, si ese que encendió hogueras á lo largo de los tiempos medioevales, presunción que autorizan los patibulos alzados por el tirano, y á que clase de libertades movió guerra y á que cosas iba; porque hay católicos que entienden por religión el clericalismo vacío de piedad y liberales que entienden por libertad la opresión de sus adversarios y la licencia de los suyos.

Desgraciadamente carecemos casi en absoluto de libros que traten de esta alma temible y estamos demasiado lejos del teatro en que desplegó su energía. Bástenos, por el momento, poder aclarar algunas líneas de esta poderosa figura.

## II

No cremos que el tirano sea un loco ó un desequilibrado, á menos de tratarse de evidentes desórdenes de sus facultades mentales, de que tan abundantes ejemplos nos suministra la inmensa galería romana; ni prestamos á las triunfantes teorías actuales un valor que rechaza nuestra razón.

No únicamente en los hechos de observación se puede buscar la verdad y menos la razón precisa de esos mismos hechos. Ahí la verdad, como la Isis egipcia, permanece siempre velada! Ni el *si* ni el *no* han salido aun de sus labios.

Por nuestra parte opinamos que el tirano es una manera especial del alma humana, independiente, no pocas veces, hasta de la educación y del medio; alma distinta del alma común, invariablemente igual á sí propia, que se siente diversa y superior á los demás seres; algo como un poder diabólico, contenido en eso que alguien habrá talvez llamado templo del espíritu y que tanto se parece de por fuera al resto de los bimanos; alma, ser mente, que se reproduce de tarde en tarde, y en momentos no siempre oportunos y por igual entre los semitas que entre los arios, entre los civilizados que entre los bárbaros, pero siempre con superioridad y asenso notable, en su creer, por encima de los demás.

El crimen de tiranía puede reconocer muchos impulsos. Desde la falta de sentido moral, hasta el temor del tirano que le hace apelar al terror para verse libre de una multitud de fantasmas, reales ó imaginarios. Desde la locura hasta, y esto sin alguna frecuencia, la fiera con que se defienden ideas é ideales que echan como raíces de acero, en las misteriosas regiones de la psiquis.

Es casi seguro que el tirano se cree siempre



poseedor de una verdad y una razón incontes-  
table, y que media para él una desproporción sin  
media entre su personalidad y la talla de los  
hombres; es digámoslo, un *yo* monstruoso é hi-  
drópico; el *yo* llevado á la exageración. Para  
ese *yo*, sus opiniones son indiscutibles, sus ideas  
verdaderas, sus nociones inequívocas; infalible  
él mismo. Cuando ese *yo* no está en el error,  
es una suerte para los pueblos, contemplando  
los hechos desde una altura adonde no llegan  
las vocinglerías constitucionales, y el lamento  
de las víctimas no difiere de los lamentos que  
la muerte diaria arranca á los hombres.

Convertir á estos seres, cuando no beben ni  
están locos, ni son hijos de locos, alcoholistas  
ó enfermos nerviosos, en resultado de atavis-  
mo, atrofas, malas digestiones y otras tantas  
cosas por ese tenor, si bien es explicación fácil  
y simpáticamente insinuante, pues apela al nom-  
bre augusto de la ciencia, no creemos que satis-  
faga á quien posea el don fatal del pensamiento.

Tal como el sistema de las localizaciones de  
Gall, muy de moda en su tiempo, menos para  
Federico, llamado el Grande, quedó relegado á  
la categoría de un vano absurdo, entendemos  
que quedarán enterradas otras no menos pre-  
tenciosas teorías de los presentes tiempos, que  
hacen depender de anormalidades puramente  
fisiológicas las bases mismas del proceder y del  
pensar.

Algo más que todo eso habrá de buscarse,  
antes de eliminar, si á tanto se llega, la res-  
ponsabilidad moral para aquellos que han sido  
perversos ó han marchado por sendas de error.  
Ver enfermos donde hay homicidas, locos don-  
de hay tiranos, desequilibrados donde hay ex-  
traños fenómenos psíquicos, es dar como causa  
suficiente el organismo, negar y descartar al  
alma y á Dios, como dos XX ya inútiles y de-  
más en la solución de infinitos problemas no  
resueltos y de otros ni aún vislumbrados.

En cuanto á la herencia, comodín para todo,  
entendemos que se ha abusado demasiado de  
ella. Los progresos del hombre, único ser or-  
ganizado que inventa y aplica las fuerzas ma-  
teriales de un modo consciente (1), creemos que  
se la equivoca no pocas veces bien con la imi-  
tación, bien con la educación y á veces con  
la simple rutina. Pero si fuese invariablemen-  
te cierta, no nos conservaría atados á perpétua  
barbarie?

El medio nos obliga, después de todo, á admi-  
tir las ideas de lo justo y de lo injusto, ni me-  
nos á indagar el *por qué*, el *principio* y el *fin*,  
las causas primeras y finales, horto y ocaso de

(1) Las nuevas costumbres que anota Giddings, respecto á los  
constructores de nidos, adquiridas desde que se tendieron los  
hilos telegráficos, nos parecen una simple adaptación, y así  
también otras que menciona.

nuestros pensamientos, calor de nuestra sed in-  
ciable.

La herencia psíquica lo explica todo para  
muchos.

Qué persona no ha tenido en su familia, á  
mayor ó menor distancia, algunos beodos, quizá  
algunos ladrones, no imposiblemente varios ho-  
mícidas y locos, y á la vez una inmensa ma-  
yoría de gentes honradas?

Pero ya se va haciendo con la herencia un uso  
de catálogo, que no conviene imitar, puesto que  
es peligroso al hombre embarcarse sin reservas  
en la nave que conduce las ideas de su tiempo,  
pues los conocimientos é indagaciones actuales  
pueden no ser definitivos y seguramente no lo  
son.

### III

Ardua misión es la del poder y para el hom-  
bre que lo asume,—aun en la presente era de  
nuestro progreso,—legado lleno de deberes y  
responsabilidades, si tal hombre no es una fic-  
ción ó más propiamente una de esas vacuida-  
des andantes, que por connivencias políticas y  
asociaciones anónimas de traficantes llegan á  
parecer cerebro de pueblo.

A tal especie de hombres no nos referimos  
ni el poder es tal en sus manos. Pero resulta  
en cierto sentido, y en todos sentidos, tarea de  
las más altas, gobernar, dirigir y preparar el por-  
venir de los pueblos, elevar su moralidad y ha-  
cerlos felices, usando concretamente del poder  
que finca en manos de uno solo.

No puede ser el mandatario, en nuestro con-  
cepto, una entidad representativa de la volun-  
tad del Creador, pero tampoco un simple admi-  
nistrador de caudales é intereses materiales,  
sino en cuanto á las responsabilidades del caso,  
donde hay hombres que educar, vicios y miserias  
que combatir, intereses morales más valiosos  
que la guarda de la propiedad.

Como algo más grande, como depositario del  
presente y preparador del futuro de los pueblos,  
concebimos al gobernante, guardian de dere-  
chos, custodio de la paz honrada que da ri-  
queza y bienestar. Un hombre leal, virtuoso en  
fin. No lo concebimos autócrata y pedante co-  
mo un Carlos I ó un Guillermo II de Alemania,  
ó feroz como un Juan el Terrible, pero tampoco  
lo concebimos inepto y sin ascendiente sobre los  
pueblos, sombra ambulante como aquellos Pa-  
leólogos de Oriente, ó ciertas hechuras sud-  
americanas. De lado, pues, las plebocracias, las  
microcracias y los frankbrownismos políticos.

Si el hombre no tuviese en si mismo los ele-  
mentos del mal, no necesitaría leyes ni gobier-  
nos. La ley natural no es más grande que la pal-  
ma de la mano. Y sin embargo qué de artificios  
y diluvio de Códigos y qué lluvia ó diluvio de



palabras en los parlamentos y en los libros, para contener al hombre y atarlo indirectamente al cumplimiento de unas cuantas nociones elementales! Todas las personas llenas de artículos de Código Civil y de Código Penal, de fechas de decretos y de acordadas, os dirán que cumplidos estrictamente ciertos principios elementales de moral, no habría juicios, ni delitos, ni discordia entre los hombres. Las discordias proceden de la violencia, de la mala fe, de la ignorancia y también, ay! preciso es decirlo, de los instintos perversos!

Los persas explicaban con el principio del mal y la Edad Media con el diablo, todos los males de la tierra: nosotros pretendemos explicarlos por la herencia, el demonio contemporáneo; pero tanto ellos como nosotros reconocemos que el mal es un hecho, y un hecho es algo tan real é imprescindible como la realidad misma. Es pues el mal un hecho, una fuerza, que es necesario combatir. Por distintos caminos ocurrimos á las mismas conclusiones, los persas, los cristianos medievales y nosotros, gente sabia y descreída del siglo XIX. Sólo que ellos fiaban en piadosas oraciones y en el hacha del verdugo, y nosotros no tenemos esa fé las primeras y hemos detestado la otra.

Si se considera que un pueblo sea una casa de comercio, que sólo ha menester algo así como un gerente, rodeado de diestros farsantes, farsante el mismo con dilaciones y mala fe dignas de cuatro testigos de un duelo, para sus relaciones con los demás pueblos, en verdad que gobernar será arte de acomodo y de hacer creer á los más lo que conviene á los menos. Por fortuna no es así, en los dominios de la razón, al menos. Ciertamente que un Lincoln, capaz de pasar por encima de todas las leyes escritas para ir á interpretar el alma misma de las cosas y desatar de la esclavitud á miles de seres humanos y á sus descendientes, rara vez se ve en este mundo, pero no de otra suerte ni de otra especie debería ser el gobernante de un pueblo.

Si no quedan esclavos ni principios teóricamente desconocidos, quedan siempre esclavitudes de que redimir al hombre, esclavitudes que proceden del mismo, porque la humanidad es como las montañas: lodo y oro.

#### IV

En verdad que se ignora si los tiranos son padres ó hijos de la corruptela pública.

Hijos parecen por el hecho de ser soportados, siendo, como son, mortales y no poseyendo ningún fabuloso filtro que los torne invisibles ó invulnerables; y parecen padres, según lo que de sus costumbres, crueldades y vicios vanse infiltrando las sociedades humanas que ellos dominan y las copias que del original forman los

cortesanos. Lo probable es que á las veces sean hijos, á las veces sean padres, á la vez abortos y engendrados de corruptelas; aunque para el surgimiento de un tirano se hace necesario que estén las públicas virtudes en merma ó falten por completo, ó sean los procedimientos de los déspotas ajustados al concepto que de los poderes y funciones de los mandatarios se tengan, es decir, que la suma de las ideas políticas arroje una capacidad del pueblo mayor para soportar el abuso que para oponérsele, que se imagine al hombre colocado al frente de la marcha casi sagrada por la investidura, ó se le tema de tal guisa que de hombre pase á ostentar los atributos de la intimidación. El cesarismo romano no reconoce otras razones más poderosas. Divinizábase á los césares en muerte y se les temía en vida; esto aparte del medio, cuya podredumbre de aguas estancadas podemos ver al través de la visión de Tácito, de los vidrios de colores de Suetonio, Capitolino y Sparciano.

Nunca atmósfera más favorable á la germinación de los tiranos que aquella inmediata á las guerras ó convulsiones sociales, sea por la debilidad de la opinión ó la falta de criterio para que esa opinión se oriente; sea por la anulación del buen sentido y del sentido moral, en los mismos llamados á poner orden en el conjunto y á pensar por las multitudes.

Nos parecería peligroso formular conclusiones categóricas á este respecto, porque los hechos sociales al hermanarse y depender de la psicología individual, son tan variables y al parecer tan sin ley, y en realidad á tantas sometidas, desconocidas ó poco conocidas por el momento, que cuanto se dijese no pasaría las fronteras de lo simplemente conjetural, lo mismo que vemos ocurre á la mayoría de las explicaciones intentadas hasta hoy para esta clase de fenómenos.

El sistema del mundo no fué evidenciado hasta la aparición de Copérnico; la gravitación no lo fué mientras el cerebro de Newton no se puso en acorde con la causa que hizo caer la manzana del árbol ante sus ojos. Faltan el Copérnico y el Newton en materia social, y sólo, acaso, hayan aparecido hasta ahora, el Cristóbal Colón de algún continente ignorado y los Magallanes y Cooks descubridores de vías de comunicación y de archipiélagos de fenómenos. Pero de ahí, del descubrimiento geográfico que completa las nociones del mundo territorialmente, al conocimiento científico de las corrientes marinas, de las corrientes aéreas, de las corrientes del fuego central, que enciende los volcanes, de las razas nuevas y sus orígenes, no es ni pequeño ni fácil el camino á recorrer, porque mientras para lo primero bastan unas cuantas naves, algunos trabajos y penalidades más ó menos vul-



gares, fuerza de hierro en la voluntad, mártires ó locos, para indagar las causas ó relaciones entre causas y efectos, se precisan ó procedimientos de una gran lentitud ó geniales aciertos. Tal es la invariable ley.

Considerando la cuestión de este punto de vista y en este orden de analogías, fácil es ver algo comparable al estudio anatómico del cuerpo social en los trabajos contemporáneos; pero no se ve que se avance gran cosa en el conocimiento fisiológico del mismo, y menos en su morfología, lo que equivale á decir que los elementos íntimos de la psicología individual y colectiva permanecen poco menos que inexcrutados.

## V

Cómo era García Moreno? Era alto y de andar desenvuelto y lleno de nobleza. Andaba con la dignidad de quien tiene el cuidado de sus pasos, lo que para algunos temperamentos no pasará de ser farsa. Impetuoso y violento, pronto en la ira, dueño del valor sin temores. mostraba humildad con los humildes y presencia de ánimos con los fuertes. Era un hombre en el sentido corriente del vocábulo. Cortés en el trato, al revés de ciertos filósofos doloridos y de los hueros pedantes. En su antigua vida de París, recogió la cultura, no el vicio ni la pringue que otros americanos recojen.

Tenía dura la expresión cuando no hablaba y harto seria y odiosa, según el desapacible retrato suyo que hemos visto. Dicen de sus ojos que penetraban hasta lo hondo de los seres, igual que puñales y que para esos fuertes ojos cortantes no existía el secreto.

Era su mirada exploradora de conciencias, mirada de hombre acostumbrado á vivir entre delatores y conspiradores.

Mirada de asesino y de caballero difieren. García miraba como fuerte y superior casi con desprecio, pero en sus ojos había algo de siniestro: la vieja mirada inquisitorial, de ave nocturna.

El buey tiene ojo meditativo; su ojo redondo está acusando mansedumbre y dolor. Las alimañas valientes tienen el ojo vivo y penetrante.

El ojo del toro dice braveza. La estupidez asoma también á la mirada. ¿Quién no conoce la de los idiotas, muda como lengua inarticulada? Hasta la luz en el modo de espejarse habla. Qué alto en el mirar de los ascetas! Brilla y como á sus ventanas sale el alma á los ojos. Un Ivan el Terrible debió mirar con dureza de acero. En el ojo grave y profundo de Minerva, puso el griego intuitivo la serenidad de la sabiduría. En esto de los ojos está la revelación de la naturaleza. Cain debió mirar torvo y así todos los Caines. Napoleón miraba con imperio. Así las aves de las cumbres.

Por la mirada se saca un hombre inteligente

de entre un millar. En ella se acusa el dolor y se acusa la tristeza; trasparéntase la ira y se descifra la humildad. Llamas hay en los ojos y resoluciones se ven en ellos. El poder del domador, es cosa sabida, reside en sus ojos. Un puñal puede ser detenido por una mirada.

## VI

Era García hombre de no escasa cultura, entendido en letras y en ciencias. En Quito dictó la cátedra de química y no sabemos si alguna otra más.

En política se le consideró, desde los primeros asomos, hombre dirigente y cabeza de sentido.

Ya en el Gobierno, se mantuvo en él, directa ó indirectamente hasta que fué muerto con violencia en la vía pública, en 1875. Su rigor era grande. En Ibarra, si mal no recordamos, la explosión de un volcán, la peste y la podredumbre de los muertos, amenazaban á los sobrevivientes con acabarlos. Reinaban muerte, miseria y desolación, cuando el presidente de la República se presentó allí á socorrer á los desgraciados. Nubes de moscas, de cuervos y de buitres volaban entre los nauseabundos olores. Lo primero que hizo García fué hacer dar enterramiento á los cadáveres, revólver en mano, poniendo pena de la vida á los desgraciados indolentes que no cumplieran sus órdenes. Los muertos recibieron sepultura, aunque se andaba entre cenizas volcánicas y los sobrevivientes pudieron tornar á las tareas de la vida, libres de la amenaza del revólver del mandatario, y lo que es más, libres asimismo de la inmundicia y de la fiebre contagiosa que los estaba diezmando cuando llegó García Moreno.

## VII

¡Casto García! Casóse, como Mahoma, con mujer entrada en años, no por amor, dado es suponerlo, sino antes bien, por desfogar con la ley de su Dios las naturales pasiones.

Muéresele la esposa primera y casa segunda vez, mostrando en ello ó pronto olvido de aquella ó necesidad para su virtud de haber fianza para sus apetitos, sin salirse de lo lícito. Bien puede la Iglesia romana canonizarle, que entendió y practicó mejor que muchos prelados los preceptos contra la carne y contra el mundo, aunque no sabemos si también los practicó contra el otro de los tres enemigos.

Duro de corazón, ató la carne de su cuerpo con las cadenas de su voluntad.

Su esposa última no poseía el don de la hermosura, pero tenía ilustración.

## VIII

Dicen que era audazmente valeroso. Siendo civil, estuvo muchas veces al frente de soldados.



En los límites del Ecuador, en un triste villorrio fronterizo á Colombia, queriendo guardar la neutralidad, durante una de las tantas revoluciones colombianas, se aprestó á dar batalla á quienes derrotados en el país vecino penetraban en el suyo, evitando así la dura justicia de la guerra. Mal general debía ser cuando fué cojido con todo su estado mayor, casi sin lucha, por el poeta colombiano Julio Arboleda, esbelta figura de Patricio, autor del poema *Gonzalo de Oyón*, y que en aquella época era el jefe de los vencidos y representante en su patria del partido clerical. El presidente de Colombia, liberal y caudillo de liberales, no contaba seguramente con las simpatías del católico ecuatoriano. ¿Cómo, entonces, Julio Arboleda en lugar de favor sólo halló resistencia de su parte? Pretendía García Moreno guardar la neutralidad de sus fronteras aun á trueque de que peligrara la tica un abismo tan ancho entre ella y las creencias, que los dos, Arboleda y él profesaban? Había alguna razón individual, odio ó envidia hacia el noble Arboleda que dió libertad, sin humillarlos á García Moreno y á los suyos? Fueran las que fuesen las razones del hombre que mandó á Pio IX el papel en blanco y con su firma, para que en él se pusiera el concordato entre el Ecuador y el Papado en hostilizar á Arboleda «defensor de la religión en Colombia», ellas no bastan á librarlo de que se interprete su catolicismo como un medio de opresión.

Un fanático no habría procedido como él en un caso idéntico; y si á García Moreno se le despoja del fanatismo, única circunstancia que podría atenuar sus maldades, el gigante malévolo se viene á tierra, como todo lo que hace grande una ambición pequeña. García Moreno fanático, sería una extraña grande figura; una resurrección gigantesca y todopoderosa del mal; amando lo que cree el bien, el diablo enamorado de Dios, García Moreno, sin esa pasión cegadora, es únicamente un bandido.

En cuanto á su catolicismo, no puede negarse ciertamente, y quizá en otro sentido, por su catolicismo se explique su maldad. Era un católico vulgar, de los que creen que la confesión es una carta blanca para delinquir y la comunión una agua fuerte que borralas manchas de sangre.

Los católicos lo veneran porque protegió las órdenes religiosas y estuvo bien con el Papa. Los liberales lo tachan por haber intentado restablecer en América ideas de otros siglos. El pensador independiente no podrá perdonarle que por estrechez de miras y ambiciones de predominio, haya violado las leyes morales y ultrajado los sentimientos que llevan al hombre hacia la perfección, como las sendas de las montañas nos aproximan á los cielos.

V. ABREGUINE.

## Documentos humanos

Publicamos á continuación, sin comentario alguno y como un elemento de estudio vivo é interesante, la autobiografía de Luis Cafferata, procesado por homicidio en la persona de su hermana, á quien dió muerte con dos tiros de revólver, al encontrarla en una casa de prostitución.

El hecho es conocido del público por las relaciones de los periódicos locales.

Cafferata ha sido condenado á cuatro años de presidio por el juez de 1ª instancia, hallándose actualmente su causa en estado de apelación.

### Memorias mías

#### DESDE EL DÍA DE MI NACIMIENTO HASTA HOY

Nací en San Pedro (Provincia de Buenos Aires) siendo mi padre Luis Cafferata, italiano, y mi madre Norberta Zárate.

Mi padre al morir quiso legitimar su unión con nuestra madre, y también a sus dos hijos, mi hermana mayor como unos tres años, y ami, en efecto se casó con mi madre *en extremis*, quedando por consiguiente legitima su union, y legitimar a sus vastagos.

Al otro dia despues de la muerte de mi padre llego en San Pedro, David Cafferata, mi abuelo, al cual hiba ahi para poder llegar a tiempo para poder ver por última vez el rostro de su hijo, pero llegando tarde porque ya lo habian sepultado.

Entonces pensó bautizarme, y en efecto al otro dia junto con mi abuela Antonia Zárate, me hizieron bautizar, en la Parroquia de San Pedro, y despues dirigiendome a mi madre le dije que estaba pronto ha ejecutar lo que habia dejado dicho mi padre, quedando arreglado que de ahí un poco de tiempo iria mi madre junto con sus dos hijos a vivir en Lujan en casa de mis abuelos.

En efecto de ahi como unos tres meses, mi madre se trasladó a Lujan, siendo recibida por mis abuelos con todo cariño que veian en ella a la viuda de su hijo mayor.

Pero ya sea por el caracter de mi madre o porque á mis abuelos como ancianos que ya eran fastidiaba siempre algo, se disgustaron con mi madre, y esta entonces tomando á mi hermana me dejó al cuidado de mis abuelos yendo ella a vivir con su madre Antonia Zárate, y

hermanas y hermano, a pocas cuadras de donde estaba yo.

Yo crecía al lado de mis abuelos a quien llamaba padre y madre, en medio de las caricias y mimos, de parte de mis abuelos como también de mis tíos Angel y David, mi madre siempre venía á verme, y yo me recuerdo que siempre que la veía llegar, huía del lado de ella, diciendo *tú no eres mi mamá, mi mamá es esa*, y señalaba con el dedo a mi abuela, la cual yo creía de que era mi madre, porque era ella la que yo me recordaba de que meció mi cuna, y la que me enseñaba a balbucear mis primeras oraciones.

Hasta tal punto llegaba mi miedo de estar en los brazos de mi madre, que un día me acuerdo de que sorprendiéndome de improviso, yo traté de huir de entre sus brazos, y cuando pude desahirme de ellos corri hacia un montón de leñas y le arrojé una astilla de leña, que nadie hubiera creído de que yo sería capaz de hacer eso.

También recuerdo una vez que teniendo una palabra con mis tíos, mi madre dijo delante de mí, *que antes de verme en esa casa, preferiría verme muerto en el suelo, tendido con cuatro velas*. ¡Oh! esas palabras quedaron grabadas en mi corazón, y aun me parece ver a mi madre señalar con el dedo el lugar donde ella designaba.

Esto duró hasta que un día vine en casa y dijo que se iba para Buenos Aires a trabajar, y llevándose consigo a mi hermana, dispidiéndose de todos y de mí particularmente.

Despedime yo de ella, pero siempre con ese miedo que experimentaba al verla, y de mi hermana, a la cual yo quería con cariño, de todo corazón.

Al poco tiempo recibimos carta donde nos comunicaba que estaba trabajando de sirvienta en una casa muy buena.

Como al año mas o menos recibí la visita de mi madre y hermana, quedando un poco sorprendido, al verlas llegar con tanto lujo, pues mi madre y hermana nunca habían llevado sombrero, y ahora lo llevaban, pero no puse en ello gran atención. Esa vez recibí a mi madre un poco mejor que las otras veces, porque ya comenzaba a tener un poco de sentido y comprendía que era la que me había dado el ser, de este día ya empecé á tomar algun poco de cariño a mi madre.

De esa vez siempre venían a Lujan de cuando en cuando, cada año o año y medio, hasta que una vez que había tiempo que no venían, recibí una carta de mi hermana, anunciándome su efec-

tuado enlace, mandándome al mismo tiempo, un ejemplar de «El Diario» donde en la Cronica Social se registraba la noticia de ese enlace, donde decía que fueron padrinos mi madre y un tal Barragan.

También todos nosotros recibimos una participación de enlace, yo quedé sorprendido que no me hubieran avisado antes, pero en la carta que ella me escribió me decía que había sido una cosa de apuro, y que por eso no me habían dicho antes.

Pasó como unos cinco meses cuando recibí la visita improvisa de mi hermana con su supuesto marido, y lo presentó á toda la familia.

Ese día fuimos a cazar por el campo, y a la tarde cuando regresamos, me llevaron á Buenos Aires, y me presentaron su casa que vivían, quedando yo allí asta el otro día que me fui a Lujan todo contento, porque verdaderamente creía lo que me decían.

A los pocos días recibí un telegrama de mi supuesto cuñado, que fuera inmediatamente, después otro, y después una carta, y yo no pude ir enseguida porque estaba ayudando al pintor Pedro Vucetich, a concluir una obra que tenía que dar en breve plazo.

Al cabo pude ir a Buenos Aires en el Caballito calle . . . que era donde me decía el telegrama, y allí cual no sería mi asombro al oírme de boca de aquel hombre toda la verdad, y al mismo tiempo oírme decir que él era casado y que esa casa era de sus padres, con los cuales vivía, y con su esposa e hijos.

—Mire amigo, me dijo, yo a Vd. lo estimo y me duele mucho que un joven como Vd. que se conoce que es honrado, tenga esta desgracia, pero trataremos de remediar.

¿Que remedio es ese? le dije yo sin saber lo que decía.

Entonces él me dijo, que esos días habían tenido una alegación con ella y que andaban disgustados, y que para evitar un rompimiento era preciso que me viniera de Lujan a vivir con ellos pasando a los ojos de todo el mundo como casados, y así mi familia no sabrá nada. Porque yo si me separo de ella, ella se irá al Rosario y allí quien sabe lo que será. Vd. no puede, me decía, pedirme a mi satisfacción porque a su hermana yo la he sacado casi del fango, porque desde que está conmigo, no quiero que vaya a diversiones de clase mala, no quiero que vaya a orgías, yo quiero que se haga una mujer de su casa, y si Vd. me ayuda como hermano, yo prometo hacer vida de hogar, y poco a poco ir



levantando su clase hasta dejarla corregida, y mujer de casa, así su familia no sabrá nada y Vd. no tendrá nada que sospecharse, al contrario Vd. habrá ayudado a enmendar, a enoblecir una criatura, que bastante se ha internado en el vicio.

Yo prometí de hacer todo lo posible que me fuera, para poder disminuir en algo la desgracia que se me había caído, dejandome casi idiota.

De ahí me fui a la calle Mateuh núm. 369, que era donde vivía mi hermana, y allí abordé la cuestión diciéndole a mi hermana que todavía la quería a pesar de lo que había hecho y como ella me dijera llorando que todo eso era verdad, yo también derramé algunas lágrimas, y dije a mi hermana que si ella estaba dispuesta a querer hacer lo que yo decía para salvar al menos la apariencia delante de la familia.

Yo la perdonaría y la ayudaría a levantarse poco a poco del abismo en donde había caído.

A la noche vino ese hombre que se llamaba... y allí tuvo un escena de lágrimas y desmayos.

Esa noche quedamos convenidos que yo y mi hermana nos iríamos a vivir en cualquier parte, y que yo ayudaría a mi hermana con mi trabajo, y que ella trabajaría también.

Al otro día fui a Lujan, y después al segundo día me trasladé a Buenos Aires,

en la calle Mateuh, de donde allí buscaría algunas piezas baratas, pero allí mi hermana me dijo que había mandado a llamar a X y que se habían arreglado, y que viviríamos juntos, haciendo vida de hogar, yo quedé sorprendido, porque el trato había sido que ella no vería más ningún hombre, pero reflexioné, y pensé que esa mujer no podía dejar así de golpe dejar un hombre, cuando había estado acostumbrada a la vida ligera, y pensé que poco a poco se podría arreglar.

A la noche vino X y me manifestó que era más conveniente así, porque siempre podrían venir alguno de mi familia, y así se pondría salvar la apariencia, y también que comprendiera que era mujer acostumbrada a esa vida, no podría acostumbrarse a la vida del hogar, que él me ayudaría poco a poco a enmendar a esa mujer, porque él la estimaba, y le daba lastima que teniendo una familia honrada fuera hacerse una perdida.

Yo acepté y ahí unos días nos trasladamos a la calle Belgrano 2930, Departamento 17, en donde comenzábamos a ir con un poco de armonía, pero al poco tiempo me apercibí que nuestra madre no era muy simpática a este X, y entonces él me explicó que era ella la culpa casi de que mi hermana fuera así, y que si hubiera sido buena madre, no habría dejado seguir a su hija en la senda que había seguido.

Yo vía que casi tenía razón, y pregunté a mi hermana si era cierto, y ella me contestó que por más que hubiera hecho siempre era nuestra madre, a estas palabras no supe que contestar, porque adiviné en aquellas palabras que era cierto lo que aquel hombre decía, y un día me dijeron ellos los dos juntos que no iban a ver más a

nuestra madre, y que fuera a llevarle una carta yo fui sabiendo que eso sería inútil, y que siempre se verían.

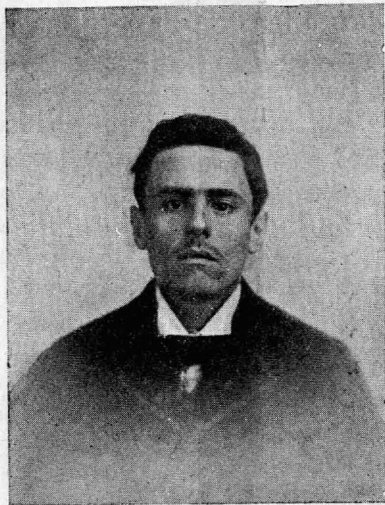
Esa noche llevé la carta a mi madre en donde le decía que dejara de verla, todo lo más posible mi madre se puso a llorar y me dijo porque hacía mi hermana eso, yo no sabía que contestar, pero me escusé como pude.

Al otro día vino una visita en casa que era de una mujer, que no recuerdo el nombre, y que me dijo que había conocido a mi madre y her-

mana, hacía muchos años, después, conversando, vino a recaer la conversación en lo que mi hermana había hecho, era mujer dijo que hacía bien, y dirigiéndose a mí me dijo que mi madre tenía casi toda la culpa de que mi hermana hubiera seguido ese camino.

Una vez también, antes de esto se había encontrado esta mujer cuando estaba mi hermana conversando con mi madre, y se pusieron a charlar al rato se fué mi madre pues era día de Domingo y tenía que ir a su obligación, pues estaba conchavada en la Calle Rivadavia 1709.

Ella se fué, y quedaron solas mi hermana y esa mujer al rato caí yo, y después de los saludos, y al poco momento, de charla me manifestó esa mujer que cuando se tiene hijos se deben criar como la gente, y que recién mi madre había dicho al ver una capa que X había el otro día ¡Ah! si yo fuera más joven! y como queriendo decir que si ella fuera más joven sabría como arre-



glarse. Estas palabras fueron para mi amargas como la hiel pero soporté como pude la situación.

Como al cuarto mes de estar con mi hermana vi que ya no era la misma de antes, que por nada se molestaba, todos los dias siempre tenia algunas palabras porque hasia dos ó tres semanas que no daba plata, y al cabo tanto me fastidió, que yo me fuí, para la casa de mi tia, en la Calle Cuyo 2322, aunque con dolor por una parte, pero yo veia que marchaban bien, ellos, y eso me tranquilizaba.

Yo a visitarla siempre iba cada dos o tres semanas, y averiguar como iban, hasta que habiendome concluido el trabajo aqui en Buenos Aires, me fui al Tigre, el dia 6 de Octubre de 1898.

De el Tigre tambien venia de cuando en cuando e hiba a ver a mi hermana.

Conclui el trabajo en el Tigre el 6 ó siete de Mayo y me fui á Lujan, pero antes de ir á Lujan, dormi esa noche ahi en casa de mi hermana, ella al irse ese X, me contó que habian tenido disgustos, en esos dias, a lo que yo le dije que no hisiera caso, que mejor que hay se hiba a encontrar, que X era un genio poco arrebatado.

Al otro dia me fui a Lujan, hay estube como 15 paseando, hasta que regresé al Tigre, hay estube hasta el 25 de Mayo y ese dia vine á Buenos Aires a ver la parada, a la noche voy a casa de mi hermana y me encuentro que no estaban, y una vecina me dió la direcion diciendo que era Pasco 389, fui a Pasco y no pude encontrar nada, entonces esa noche me fuí al Tigre, a los pocos dias vine a Buenos Aires y voy derecho, al escritorio de ese hombre, y alli lo encuentro, y hay le digo ¿adonde se habian mudado? el me contestó. Mire Luis, yo no lo quiero engañar, Angela me ha pedido la libertad, y yo se la he dado, ella es libre, y hace lo quiere, yo por este mes, le he alquilado una casa, y ella se busca la vida como puede, yo he hecho todo lo que podia ahora no puedo hacer mas.

Yo quede petrificado, comprendi que mi hermana la clase de vida que hasia, y me parecia encontrarla cada momento bajo mis ojos al lado de algun hombre.

A la noche voy a la calle Andes 389 que era adonde me indicó X y la encuentro allí, y tambien X.

Esa noche cuando se fué X tube una esplicacion con ella y ella me contestó claramente, que vivia de lo que le daba su cuerpo.

Hay no me quedó mas que suplicarle que dejara esa vida, que viniera conmigo, que yo le alquilaria una pieza, y que trabajando los dos nos

podriamos remediar facilmente, que tuviera conciencia de lo que hiba hacer, que tarde o temprano mi familia llegaria a saber y entonces la vergüenza seria para mi.

Ella me contestó que ya había seguido ese camino y lo seguiria, que ese era su destino, yo supliqué y hasta se me cayeron algunas lagrimas, pero esa noche no pude conseguir nada.

No desesperé y al otro dia tambien fui a suplicarle, pero lo mismo.

Esa tarde fui al escritorio, y a ver a X, y supe que los muebles eran de el que se los habia comprado.

Pasando dos dias mas y una tarde voy al escritorio y el me manifestó que si ella no estaba resuelta a ir a vivir conmigo, para que yo la hiciera trabajar y se enmendara, y evitara esa mancha que arrojaba sobre mi familia el le sacaria los muebles, y al efecto, esa noche el fué allá y le comunico eso, ella le contestó con soberbia, que se los llevará, quedamos convenidos que yo le ayudaria a mi hermana, y que tenia 30 o 40 pesos que si los querian eran de ella.

Cuando X se fué, ella se arregló y dijo, voy a buscar trabajo y mañana mismo se podrá llevar esos muebles.

Yo me fui al Tigre, porque teniamos ensaye de teatros entre varios aficionados, y al otro dia regrese, y fui a casa de mi hermana, y ella me manifestó que ya había encontrado un taller donde le daban trabajo, y cuarto.

Yo quise saber que clase de taller era ese, y despues de varias excusas, y al decirle que si ella no me lo desia yo se lo preguntaria a X, ella me contestó, que aunque casa de moda, se pasaba revista con algun amigo, por 20 ó 25 \$.

Yo le hize observar que no queria que fuera en esa casa pero ella me contestó que era mayor de edad que ella sabia lo que hasia, y que la dejara, que ese era su destino, que le ayudará a poner aparte su ropa y que se la mandará con un carrito, diciendome que se iba á la calle Paraguay 1239, al poco rato se fué y vino X, y al comunicarle eso dijo entonces voy a buscar carros, me hizo subir en una cestita, y me llevó a su escritorio en la esquina, habia dos o tres changadores, y le encargó de aprontarse, con carros y que hicieran pronto.

Volvimos otra vez á la calle Andes, y al rato cayeron los changadores.

Empezamos a cargar todo, yo fuí a buscar un carrito, y hay puse toda la ropa de ella, y le mande la ropa, cuando estubo concluido, cerramos, y nos fuimos a comer en el Hotel de la



Sonambula, junto con el rematador Z, en cuya casa llevó los muebles, hay estuvimos conversando sobre ese asunto, y recuerdo que Z me decía que no estuviera triste, que con olvidarla y no mirarla más asunto concluido.

Cuando concluimos de comer, y no levantamos, yo acompañe a X hasta el escritorio, allí me dio el recibo del alquiler de la casa disiendo que si cobrava esos dias que no se habian ocupados, que me los guardara para mi.

En efecto fui a la calle Juncal 1239, aunque con pocas esperanzas, porque como era el primer mes, era difícil que devolvieran el importe de los dias que faltaban, llegué á la casa, y me presente al patron, el cual al rato de murmurar diciendo que el alquilaba casas por mes y no por dia, me dio como unos 27 \$, importe de los dias que faltaban.

Contento salí de hay, y ponsando como mejor lo podia gastar, me fuí en una armeria de la calle Artes, y compre un revolver, porque como ya le he dicho en el Tigre, á mi compañero, le habian lastimado, por causa de sociedades, y yo como aficionado, tenia que andar de noche, por las cuestion de los ensayos, me dije que el revolver me hasia falta.

Despues de hay me fuí a casa de mi tia, a comer y a la noche fuí al Tigre para los ensayos.

Al otro dia fuí a esa casa para ver a mi hermana, y allí al principio me dijeron que allí no habia ninguna Angela, pero al rato vino la patrona y me pregunto quien era yo le conteste, quien era, ella me dijo: Su hermana esta ocupada esta con un amigo.... pero si quiera esperar un momento, yo no sé que respondí a esas palabras, que decian claramente, que es lo que estaba haciendo me retiré.

Yo no sabia lo que hasia, me parecia que todos me señalaban con el dedo, fui a la otra mañana, y la encontré, hay otra vez le dije, que yo no queria que siguiera esa vida, que yo queria que fuera mujer de su casa, y no una cualquiera.

Ella me contestó que ese era su destino que ella sabia lo que hasia, que estaba escrito.

Cuando estabamos conversando, vino un muchacho, y le pregunto que mandaba decir Don Emilio para cuando estaria lista, lo que ella le contestó que se arreglaria, y que á las 10 estaria lista.

Yo no supe ni que contestar, ya hiban dos veces que delante a mis ojos oía palabras que me decian claramente lo que yo era.

Ciego sali de ahí, y me fui a casa de mi tia, a ahí yo me fuí con mi tia a ver una casa que tenian intercion de alquilar.

De ahí que era la calle Rivadavia, tomé el tranvia que va al centro, fui a la plaza Victoria, estube un rato por los diques, y por último fuí a la calle Paraguay, guiado por el destino porque yo ya no sabia lo que hasia porque cuanto mas pensaba, mas me parecia que deshonra estaba patente.

Lo demas puede verle en mi declaracion, como disparé los dos tiros, y como me entregué á la policia, chistando al vigilante que estaba en la esquina.

No me queda mas que decir los nombres de los que mas o menos pueden aseverar algo.

En Lujan, de esas palabras que pronunció mi madre, uno que yo me acuerdo es Zacarias Rossi, relojero. De Buenos Aires las personas que pueden decir algo son, X que tambien trabajé como un mes, en su casa, y el me pagaba y yo daba la plata a mi hermana, unos pintores que tienen su direccion en la calle Buen Orden entre Victoria y Avenida de Mayo, con eso trabajé como un mes.

La señora Viuda de Cordibiola, que vive en la calle Cangallo 2150, que trabaje como unos 5 meses y cuando concluí en esa casa a las 6 o 7 dias fui al Tigre en el tigre pueden dar razon los señores Manuel Sciarra, y Agosto Landi, tengo tambien una carta del Gefe de la Estacion, que declara haberme conocido siempre trabajador, tengo un certificado de la empresa del Ferro Carril Central Argentino.

No recordando más, le remito el presente, aunque mal escrito, porque esta escrito por una mano que siempre ha estado ocupada a trabajar, y ha ganarse el pan trabajando, y aun cuando haya cometido un hecho que la sociedad llama delito, creo que siempre es honrada.

Sin mas que saludarlo se despide affmo.

S. S.

S. LUIS CAFFERATA.

---

## Guía del Estudiante

---

**Rafael Garófalo:**—«LA CRIMINALOGÍA». *Estudio sobre el delito y la teoría de la represión.*(1)

Pasando á las anomalías psíquicas, hace notar Garófalo que la *insensibilidad moral* en su más alto grado de asesinos como Lemaire, Lacenaire, Troppman, Jack the ripper y otros, es asaz manifiesta para que pueda ponerse en duda;— toda la dificultad está en si la naturaleza de esta anomalía es patológica, si es la misma que la de la locura, ó si debe constituir una nueva

(1) Véase el número anterior.

forma sociológica, la locura moral; la *moral insanity* de los ingleses.

Por otra parte—y dejando á un lado por ahora esta última cuestión—la literatura criminal acerca de este particular nos ha dado no pocas y completas descripciones de sus sentimientos, de su impasibilidad, de la inestabilidad de sus emociones, de sus gustos, de su desempeñada pasión por el juego, por el vino, por las orgias, y sobre todo de la imprudencia y de la imprevisión que tanto caracteriza á los más grandes molhechores como á los de la clase intermedia.

Se conoce su insensibilidad moral por el cinismo de sus revelaciones, hasta cuando las hacen en público ó ante los tribunales:—los asesinos que han confesado su crimen no sienten repugnancia en describirlo aun con los más espantosos detalles; su indiferencia es completa ante la mancha que hacen recaer sobre sus familias y ante el dolor de sus parientes.—Por otra parte, son incapaces de todo remordimiento, no sólo de aquel remordimiento noble que, como dice M. Lévy Bruhl, no consiste en el temor del castigo, sino en el deseo y en la esperanza del mismo, y que hace que el agente no piense en otra cosa y se halle inconsolable por el mal que ha causado, sino ni siquiera un cierto disgusto, un movimiento que denuncie que experimentan emoción cuando se habla de sus víctimas...

Y desgraciadamente, los ejemplos abundan. Basta para esto abrir la «Casa de los muertos» de Dortoyusky quien, haciéndonos de paso una obra de arte, nos ha dado la más completa psicología del hombre criminal.

\*  
\* \*

Omitiendo algunos síntomas de orden puramente psicofísico, pasa Garófalo á ocuparse de la *ley de la transmisión hereditaria del delito*; hecho que en el estado actual de la ciencia es de una evidencia que no se discute. Thompson, Virgilio, Marro y las notables genealogías de los Lemaire, Chretien y Juke, suministran á Garófalo datos preciosos al respecto.—He aquí las conclusiones á que arriba:

Si el delito es la revelación de la falta de aquella parte del sentido moral que es la *menos elevada*, la *menos pura*, la *menos delicada*, la *más próxima al organismo*, la tendencia ó predisposición al delito debe transmitirse por herencia como las otras predisposiciones de esta clase. No se trata de un fenómeno de *sensibilidad* superior, sino al contrario, de la *sensibilidad moral más común*, que debe necesariamente faltar en los hijos de aquellos que están totalmente desprovistos de ella. Si pueden existir excepciones á una ley biológica que

se extiende á la universidad de los seres, como es la ley de la herencia, ciertamente que no es aquí donde se encontrarán.

Siendo, pues, indudable la naturaleza congénita y hereditaria de las tendencias criminales, nadie se sorprenderá de la cifra enorme de la reincidencia, que la escuela correccionalista atribuía al estado de las prisiones y á la mala organización del sistema penitenciario. Posteriormente se ha visto que el perfeccionamiento de este sistema casi en nada ha mejorado la proporción de los reincidentes. La regla es la reincidencia, y la enmienda del criminal no es más que una rara excepción. Las cifras oficiales no pueden decirnos toda la verdad, porque los delincuentes de profesión aprenden más fácilmente que los otros los medios de librarse de la justicia, porque muchas veces ocultan sus nombres, y por último, porque los códigos limitan la reincidencia á casos particulares, á veces á la *reincidencia especial*, á veces á la reincidencia en delito á los que se impone condenas no menores de un año de cárcel, una condena criminal etc;... y á pesar de esto, la reincidencia legal llega al 52 por 100 en Francia, al 49 por 100 en Bélgica, y al 45 por 100 en Austria.

\*  
\* \*

Pocos son hoy los hombres de ciencia que niegan de un modo absoluto la existencia de tendencias criminales innatas, pero hay muchos que las reducen á algunos casos patológicos y que creen que la gran mayoría de los delincuentes se compone de personas degeneradas, no orgánicamente, sino socialmente.

Ahora bien, para Garófalo, es innegable el influjo de las causas exteriores, las cuales son las causas directas é inmediatas de la determinación, tales como el medio ambiente, físico y moral, las tradiciones, los ejemplos etc. pero cree que existe siempre en el delincuente un elemento congénito diferencial. El delincuente *fortuito* no existe, si con esta palabra se quiere significar que un hombre moralmente bien organizado puede cometer un delito por la sola fuerza de las circunstancias exteriores.

En efecto, si de cien personas que se encuentran en idénticas circunstancias sólo *una* se deja arrastrar al delito, es necesario confesar que esta persona ha sentido de distintamente que las demás el influjo de tales circunstancias;—luego tiene que haber en ella algo de exclusivo, una *diátesis*, una manera de ver enteramente peculiar:—De ahí la imposibilidad de dividir á los criminales en dos clases distintas: en *anormales* y *normales*, sino conforme al *grado mayor ó menor* de su anomalía.—No en



otro sentido he hablado, dice Garófalo, de delinquentes *instintivos* y de delinquentes *fortuitos*, caracterizados, los primeros por la ausencia del sentido moral y la irresistibilidad de los instintos egoístas; y los segundos, por una debilidad orgánica, por una imposibilidad de resistir á las impulsiones provocadas por el mundo exterior; pero tanto en los unos como en los otros hay una falta de repugnancia al delito.

\*  
\* \*

Fijado ya en qué consiste la anomalía del criminal, ¿de qué manera es posible que nos expliquemos este fenómeno? A la herencia directa no es posible atribuirlo siempre; por tanto ¿debe verse en ella un caso de atavismo ó un caso de degeneración?

Lombroso ha sostenido la idea del atavismo, á causa de la grande semejanza que tienen los delinquentes típicos con los salvajes, considerando á su vez, á estos últimos como los representantes del hombre primitivo. A esto no se adhiere Garófalo sino con muchas reservas. Sin negar los muchos puntos de semejanza que el delincuente tiene con el salvaje moderno y por lo tanto con el hombre prehistórico, cree, con Tarde, que el criminal es un monstruo, y que, como muchos monstruos, tiene rasgos de regresión al pasado de la raza ó de la especie pero los combina de distinta manera, por lo que hay que guardarse mucho de juzgar á nuestros antepasados con arreglo á esta muestra.

La explicación más fácil es, sin duda, la de la *degeneración moral* por efecto de una *selección al revés*, que ha hecho que el hombre pierda las mejores cualidades que había adquirido lentamente por una evolución secular, y lo ha conducido de nuevo al mismo grado de inferioridad moral sobre el cual se había ya elevado. Esta selección al revés proviene de la unión de los seres más débiles ó de los más ignorantes, de los que se han embrutecido por efecto del alcoholismo ó de la extrema miseria, contra la cual no han podido luchar á causa de su apatía. De esta manera se forman las familias desmoralizadas y abyectas, que se cruzan entre sí, y concluyen por constituir una verdadera raza dotada de cualidades inferiores, y de la cual salen criminales cuya ferocidad es á veces peor que la de los peores salvajes: —el *criminal típico*.

\*  
\* \*

Llamamos *criminal típico* al que carece completamente de todo sentimiento simpático, de todo sentimiento altruista. Cuando se carece de este último, es inútil buscar en el individuo

las huellas del sentimiento de la justicia, porque este sentimiento tiene un origen posterior y supone un grado más elevado de evolución moral. Un mismo criminal será ladrón y homicida si se ofrece la ocasión; matará por dinero, á fin de apoderarse de las cosas de otro, por heredarle, con el propósito de librarse de su mujer y de casarse con otra, ó para desembarazarse de un testigo, ó para vengarse de un agravio imaginario ó insignificante, ó también para dar prueba de su destreza, de la seguridad de su vista, de la fuerza de sus puños, de su desprecio á la autoridad, de su aversión hacia una clase entera de personas.

Este es el criminal que nosotros llamaremos *asesinos*, dice Garófalo. Como se encuentra en el punto superior de la escala criminal, ofrece casi siempre la reunión de los principales caracteres que hemos descrito más arriba, algunos de ellos de un modo exagerado.

\*  
\* \*

Ocupémonos ahora de aquella clase de *delinquentes inferiores* que en lo físico y en lo moral se diferencian poco del común de los hombres. Y aquí es necesario distinguir dos clases, caracterizada la una por la falta de benevolencia ó de piedad, y la otra por la falta de provida; distinción que corresponde á la que hemos hecho del delito natural.

En la primera se hallan, ante todo, los *violentos*, es decir, los autores de los crímenes contra las personas, que se pueden llamar endémicos, es decir, que forman la criminalidad *especial* de un país: por ejemplo, en nuestros días, las venganzas de los *camorristas* de Nápoles, y las de las sectas políticas de Rumanía, Irlanda y Rusia.—El medio influye mucho sin duda en éstos; las más de las veces el móvil de sus delitos son ciertos prejuicios relativos al honor, á la política ó á la religión; en ciertos países influye el carácter general de los habitantes, el instinto de raza, ó un menor grado de civilización ó sensibilidad. Salido es por otra parte el influjo que sobre la criminalidad han ejercido la hechichería, los sortilegios, el *mal de ojo*, ciertas ideas de clase ó casta social, ciertos refinamientos del honor y ciertas creencias supersticiosas.

Pero, ¿se deducirá de aquí que el criminal es un hombre normal, en quien solo influyen los ejemplos del medio ambiente? Si así fuese, los criminales no formarían una escasa minoría, y el delito perdería un carácter de acto excepcional. Esta clase de criminalidad endémica ataca sólo á unos pocos:—á aquellos que no tienen en su organización psíquica agentes de resistencia suficientes, ó sea, á aquellos en quienes

*apenas* existe la parte del sentido moral llamada sentimiento de piedad.

\*  
\*  
\*

A esta clase de delitos que derivan de la *imitación*, sigue la de los cometidos bajo el imperio de la *pasión*. Este estado «puede ser habitual y representar el temperamento del individuo,» (Benedickt), ó nacer de causas anteriores como las bebidas alcohólicas y la temperatura, ó en fin, de circunstancias verdaderamente *extraordinarias* y á propósito para excitar la cólera de cualquiera, en mayor ó menor grado. En este último caso, el criminal puede asemejarse al hombre normal; la diferencia puede ser imperceptible cuando se trata, por ejemplo, de una reacción instantánea contra una injuria inusitada y verdaderamente grave; el homicidio puede perder en tales casos el carácter de horrible que lo caracteriza, pues, desde el momento que una reacción violenta no es censurable, el homicidio no se presenta sino como una reacción excesiva. La diferencia es tan sólo degradado, pero esta misma diferencia prueba la existencia de un *minimum* de anomalía moral.

A nuestro juicio, dice Garófalo, hay siempre un *elemento psíquico diferencial*. Aunque un hombre que sea presa de un violento acceso de cólera puede dejarse arrastrar por ésta hasta llegar á dar un puñetazo al que lo ha provocado, si falta aquel elemento, nunca llegará hasta hundirle el puñal en el vientre. La cólera no hace otra cosa sino exagerar el carácter; es la causa determinante del delito, pero no lo determina sino en un sujeto que no tiene la fuerza de resistencia moral que deriva del sentimiento altruista. Excéptuase naturalmente el caso de un estado verdaderamente patológico, como una nevrosis ó una frenosis, de que la pasión no sería mas que un síntoma.—Y lo que se dice de la cólera, podría decirse lo mismo de la influencia de las bebidas alcohólicas ó de la temperatura elevada.—Breve: tanto la criminalidad endémica, como la que parece provenir de las variaciones del clima y de la temperatura, ó del empleo de bebidas alcohólicas, no excluyen la anomalía individual del agente. Que las causas sociales ejercen cierto influjo sobre los atentados contra la propiedad, no lo ponemos en duda; pero esto no impide que entre también aquí un elemento individual que no proviene de las influencias del medio, sino que es congénito del organismo del criminal.

\*  
\*  
\*

Resumamos:—Existe una clase de criminales que tienen anomalías psíquicas, y muy frecuentemente anomalías anatómicas, no patológicas,

sino con un carácter degenerativo ó regresivo, y á veces atípico; muchos de cuyos rasgos prueban la suspensión de desarrollo moral aún cuando la facultad de ideación sea normal; criminales que tienen ciertos instintos y ciertos arranques que pueden compararse á los de los salvajes y á los de los niños; que están, por último desprovistos de todo sentimiento altruista, y, por tanto, obran exclusivamente bajo el impulso de sus deseos. Estos son los que cometen los asesinatos por motivos exclusivamente egoístas, sin influjo alguno de prejuicios, sin complicidad indirecta del medio social. Como su anomalía es absolutamente congénita, la sociedad no tiene deber alguno para con ellos; y respecto de sí misma, no tiene más que el de suprimir á aquellos seres con los que no puede hallarse ligada por vínculo alguno de simpatía, los cuales, obrando tan solo por egoísmo, son incapaces de adaptación y representan un continuo peligro para todos los miembros de la asociación.

El sentido moral aparece, más ó menos débil é imperfecto, en las otras dos clases, que se caracterizan, una, por poseer en una medida insuficiente el sentimiento de piedad, y la otra, por la carencia del sentimiento de probidad. Los individuos de la primera clase, que no tienen una gran repugnancia por las acciones crueles, pueden cometerlas bajo el influjo de prejuicios sociales, políticos religiosos, ó de los propios de su casta ó de su clase; así mismo, pueden ser arrastrados al delito por un temperamento pasional ó por excitación alcohólica su anomalía moral puede ser insignificante, cuando la accional criminal no es sino una reacción contra un acto, que á su vez hiere los sentimientos altruistas.—La segunda clase se compone de personas en las cuales no existe el sentimiento de probidad, ora por defecto atávico—que es el caso más raro—ora por herencia directa, juntamente con los ejemplos recibidos durante la primera infancia.

A. M. Lancellotti

---

## Notas Bibliográficas

---

### Libros

**De la Mendicidad**—Tal es el título de la tesis que el joven Luis A. Galli acaba de presentar ante la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, para optar al grado de doctor en jurisprudencia.

Dicho trabajo consta de una introducción y seis capítulos en los que se estudia la mendicidad, sus causas, el delito de la mendicidad, sus medios preventivos y su interdicción.



En el primero de dichos capítulos trata de definir lo que debe entenderse por mendigo, y nos dice que es el indigente que careciendo de todo y encontrándose en la imposibilidad de subsistir por sí mismo, se ve forzado á recurrir á la caridad ó á la asistencia pública.

En el capítulo de las causas enumera el juego, el alcoholismo, el sensualismo de la época moderna, la inmigración y la falta de una ley que castigue á aquella morbosidad social; pero es de lamentar que no nos haya citado ninguna de las causas predisponentes individuales que, no dudamos, han de concurrir—en la red indisoluble de sus factores—á la producción del fenómeno de la mendicidad.

En cuanto al delito de la mendicidad, llega á estas conclusiones: que la mendicidad no es un delito sino cuando llegue á ser una profesión para el individuo que puede procurarse su sustento por medio del trabajo que todo lo dignifica. Sólo los mendigos válidos deben ser objeto de la severidad de los legisladores; todos encuentran no solamente una excusa, sino un medio de justificación, en su edad ó en los achaques que los imposibilita para el trabajo honrado. En cuanto á sus medios preventivos, aboga por la implantación, en nuestro país, del sistema preventivo llamado de Elberfeld que tanto se recomienda por su sencillez como por sus maravillosos resultados.

En síntesis: la tesis del doctor Galli es un estudio que se presenta sin pretensiones literarias ni científicas de ninguna especie, pero sí, llena de muchas verdades y de acertados juicios. Es verdad que no es más que una esquema de lo que pudo ser, pero esto no quita de que sea una contribución modesta pero no despreciable, al estudio de una de las más importantes cuestiones sociales que se ventilan en nuestros días.

**Instrucción Policial.**—Por el comisario de policía, señor ANTONIO BALLVÉ.

El mejor elogio que se puede hacer del texto con que hemos sido obsequiados por el señor Ballvé es reproduciendo á continuación la carta que el actual jefe de policía Doctor Francisco J. Beazley ha dirigido á su autor en los conceptuosos terminos que siguen:

Estimado Ballvé:—Ho leído detenidamente y con interés el TEXTO DE INSTRUCCIÓN POLICIAL, que ha escrito, para facilitar la preparación de los empleados ó ciudadanos que se presenten á los exámenes de competencia requeridos para ocupar determinados empleos en la Policía, y, es para mi muy satisfactorio poderlo felicitar sinceramente por la manera en que ha realizado su trabajo, el mejor, sin duda alguna, de los publicados hasta la fecha.

La forma sintética y clara de la exposición, y la división lógica y racional de la materia, fa-

cilitan muchísimo el estudio de los complejos procedimientos policiales, tan difícil hasta ahora por la deficiencia de los manuales existentes. — Complete su trabajo y prestará un verdadero servicio á la Repartición Policial de la que tan dignamente forma parte.—Su affmo.—F. J. Beazley.

En pocas palabras: con su paciente como erudito Texto de Instrucción Policial, el Señor Ballvé se honra á si mismo y con él á todo el personal superior de la rama administrativa á que pertenece.

La obra está arreglada á los programas de exámenes de competencia exigido para optar á los puestos de Oficial Inspector, Auxiliar, Sub-Comisario y Comisario de Policía, en la Capital Federal. — Por ahora solo comprende la parte que se refiere á los Oficiales Inspectores.

—  
**El alcoholismo, locura y criminalidad.** — Apuntes por FRANCISCO GARCÍA Y SANTOS.—Montevideo.

Es este un folleto que contiene datos muy útiles y muy interesantes sobre la marcha asombrosa del alcoholismo, de la locura y la criminalidad en nuestra época, y la obligación que tienen los poderes públicos de atacar de frente estas verdaderas morbosidades sociales que tan contraproducentes efectos produce sobre la moralidad y las energías vitales de los pueblos.

Su autor hace oratoria á su modo: se vale de los grandes números, que, al fin de todo, en materia de ciencia social, forman la verdadera eloquencia que se impone y que no admite reputación de ninguna especie.

M. A. L.

## Revistas

*Nuova Antologia.*—1º Agosto 99.—Roma.

El profesor *José Sergi* estudia las causas y las modalidades de la degeneración de las naciones latinas; demuestra la ley que preside á los fenómenos de formación, engrandecimiento y decadencia de los pueblos, afirmando que hay una paleontología social lo mismo que una paleontología animal. Estudia la génesis de la decadencia de Roma imperial, de las naciones medievales y de las modernas naciones latinas, especialmente Italia. El inmovilismo de las naciones equivale á su regresión, porque estacionarse mientras las demás caminan es quedarse atrás. Los países latinos no deben tratar de reconstruir su pasado; deben iniciarse á una nueva vida, floreciente y fecunda, orientándose en conformidad con las nuevas tendencias políticas y sociales.

—  
**Horizontes.**—Organo del Centro Científico Literario de Ciudad—Bolívar Venezuela—Año I núm. 6.—Trae un importante estudio sobre criminalología de José Miguel Torrealba G.

# 1<sup>er</sup> Año de "CRIMINALOLOGIA MODERNA"

## INDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO, DE LOS AUTORES

### A

- Aldermann Charles**—Los substitivos sociológicos de la penalidad en Australia—pág. 223, 224, 225, 226.
- Aguirre Julián L.**—El Jurado en materia criminal—págs. 17, 18, 19, 20 y 21; 174, 175, 176.
- Arreguine Victor**—El Suicidio—págs. 5, 6, 7, 8, 9, 10—Notas—págs. 80 y 81—El Homicidio Político—págs. 103, 104, 105, 106—Notas—págs. 138, 139, 140—Algunas leyes de la guerra civil—pág. 239 García Moreno—págs. 364, 365, 366, 367, 368, 369.
- Aldao Adolfo**—Estudios Grafológicos—págs. 327, 328, 329, 330.
- Albasio Luis H.**—Mateo Giliberti—págs. 4 y 5—La Excarcelación bajo fianza—págs. 275, 276—¿Criminal ó degenerado?—págs. 324, 325, 326.

### B

- Bernard Lazare**—Héroes y delincuentes en el proceso Dreyfus—págs. 45, 46, 47, 48.
- Bruno**—Guía del Estudiante—págs. 29, 30, 31; 60, 61, 62; 91, 92, 93; 116, 117, 118; 144, 145, 146, 147; 187, 188, 189, 190.

### C

- ColaJanni Napoleon**—Raza y Delito—págs. 350, 351, 352, 353.
- Carlés M.**—Atavismo Pampa—págs. 57, 58; 84, 85; 143, 144.
- Cherubini C.**—Degeneraciones teratológicas—págs. 55, 56, 57.
- Censi José**—Notas Bibliográficas—págs. 338, 339.
- Cámara de Apelaciones**—Cuadro demostrativo de sus resoluciones—pág. 152.
- Colaboracion involuntaria**—Los límites de la experimentación médica—págs. 182, 183, 184.

### D

- Del Campo Ricardo**—Reacción Fisionómica—págs. 16, 17—Los crímenes románticos—págs. 42 y 43—El Crimen de la Magdalena—págs. 85, 86—Asimilación Militar y Jurisdicción Civil—págs. 106, 107 y 108—La Reforma Judicial—págs. 195, 196, 197—Errores Judiciales—págs. 221, 222, 223—Madres Criminales—págs. 277, 278, 279—La Monstruosidad en la delincuencia—págs. 292, 293—Notas Bibliográficas—págs. 307, 308.
- Del Campo C. (hijo)**—Pro Scientia—págs. 33, 34—Anomalías fisionómicas—págs. 81, 82 y 83—La Kleptomania—págs. 226, 227, 228.
- Dominguez José**—Del Juicio por Jurados—págs. 132, 133, 134, 135; 269, 270, 271, 272; 293, 294, 295, 296.
- Demaria Christian**—Importante Sentencia—págs. 111, 112, 113, 114, 115.
- Demaria Domingo**—El Crimen de Arredondo—págs. 86, 87.
- Documentos humanos**—H. H. Holmes—págs. 168, 169, 170, 171, 172, 173; 213, 214—Nemesio Lopez—págs. 273, 274—Luis Malpelli—págs. 301, 302, 303, 304, 305.—Luis Cafferata—págs. 369, 370, 371, 372, 373.



## INDICE

### E

**Estadística de la Capital**—págs. 32, 66, 94, 121, 153, 192, 219, 220, 284, 316, 340.

### F

**Ferrero Guglielmo**—La Leyenda del Judío Errante—págs. 48, 49, 50—Atavismo y Delito—págs. 155, 156, 157.

**Figari Pedro A.**—Proceso Buttler—págs. 99, 100, 101.

### G

**Gori Pedro**—La delincuencia militar en Francia—págs. 23, 24 y 25—Delitos contra la libertad—págs. 39, 40, 41, 42—La agonía del bandolerismo—págs. 72, 73, 74, 75, 76—Delitos por el honor—págs. 136, 137, 138—Estudios Carcelarios—págs. 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182; 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212; 228, 229, 230, 231, 232, 233; 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269—Recuerdos Forenses—págs. 298, 299, 300, 301; 321, 322, 323; 353, 354, 355.

**Gallegos Servando A.**—El Vagabundo—págs. 70, 71, 72; 102, 103.

### H

**Hamon A.**—La enseñanza de las Ciencias Sociales—págs. 96, 97, 98, 99; 127, 128, 129, 130, 131, 132—Como se hace uno socialista—págs. 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263.

### I

**Ingenieros José**—Delincuentes que escriben y escritores delincuentes—págs. 184, 185, 186—Notas Bibliográficas—págs. 217, 218; 240, 241, 242, 243, 244; 281, 282, 283—El Delito como vínculo entre la ciencia y el arte—págs. 288, 289, 290, 291; 308, 309, 310, 311, 312—Psicopatología de los sueños—págs. 321, 332, 333, 334, 335.

### L

**Lombroso César**—Los hermanos Mangachi y la Antropología Criminal—págs. 37, 38, 39—La dismaternidad en la mujer delincuente—págs. 201, 202, 203.

**Larroque A. M.**—Colaboración involuntaria—págs. 323, 324.

**Lancelotti A.**—Guía del Estudiante—págs. 312, 313, 314, 315; 335, 336, 337, 338, 373, 374, 375, 376.—Notas Bibliográficas 376, y 377.

**La Direccion**—El Regicidio de Ginebra—págs. 11, 12, 13—La Sociología Criminal—págs. 67, 68, 69—La Antropología Criminal—págs. 95, 96—A la prensa—pág. 191—A nuestros lectores—pág. 244—Referendum Jurídico—págs. 253, 254—La Ley sobre la Policía de los Extranjeros—págs. 279, 280, 281; 285, 286—Fernando Labori—pág. 287—Notas Bibliográficas—págs. 310, 311—Referendum Jurídico—págs. 317, 318—Número extraordinario—pág. 341—Un año de vida—págs. 349, 350.

**La Redaccion**—Guerra al Delito—págs. 1 y 2—Dr. Osvaldo Magnasco—pág. 2—El principio de una reparación—pág. 10—El Crimen del 9 de Julio—págs. 25, 26, 27—Crónica Judicial—págs. 28 y 29—El Ideal de la Ciencia—págs. 35, 36—La pena de muerte—págs. 51, 52—Las Neurósis Judiciales—págs. 58, 59, 60—Jurisprudencia y Crónica Judicial—págs. 62, 63, 64, 65—A la Ciencia—pág. 65—Jurisprudencia y Crónica Judicial—págs. 89, 90, 91—Crónica y Jurisprudencia Judicial—págs. 108, 109, 110—En viaje de Estudio—pág. 120—El Jurado—págs. 123, 124—Notas—pág. 193—El Jurado—págs. 197, 198, 199, 200, 201—Crónica Judicial—págs. 215, 216—Crónica Judicial—págs. 237, 238—La Estadística Criminal—pág. 245.

## INDICE

### M

- Mantegazza**—Correspondencia particular—pág. 101.  
**Melian Lafnurr L.**—Avelino Arredondo—págs. 79 y 80.  
**Malagarriga Carlos**—Jurisprudencia Criminal—págs. 236, 237; 274, 275; 297, 298; 336.

### O

- Ottolenghi S.**—La Policía Judicial y la Antropología criminal aplicada—págs. 254, 255, 256, 257.

### P

- Podestá M. T.**—En favor de los niños—págs. 76, 77, 78.  
**Piñero Osvaldo M.**—La paz de los ciudadanos—págs. 2, 3, 4.

### R

- Rodriguez Bustamante N.**—El delito de chantage—págs. 43, 44, 45—La supresión de la apelación en lo penal—págs. 214, 225 Procedimiento penal sobre jurisdicción—págs. 296, 297.  
**Rodriguez C. A.**—Notas Bibliográficas—pág. 339.  
**Riva Arturo**—La Princesa de Chimay—págs. 21, 22, 23—Delincuencia Policial—págs. 52, 53, 54 55—La ejecución de Vacher—págs 83, 84—La pena de Lucheni—págs, 140, 141, 142, 143.

### S

- Sighele Scipio**—La obra de Gabriel D'Annunzio ante la psiquiatria—págs. 125, 126, 127; 158, 159 160, 161, 162.  
**Steevens C.**—Mundo criminal Norte-Americano—págs. 162, 163, 164, 165.  
**Setter James**—La delincuencia de color—págs. 203, 204, 205.  
**Sittoni G.**—La epilepsia en América—págs. 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364.

### U

- Urien C. M.**—La justicia en lo criminal—págs. 233, 234, 235, 236.

### V

- Viazzi Pio**—El amor y el dolor en la criminalidad—págs. 166, 167, 168—El tipo criminal en la mujer delincuente—págs. 305, 306, 307; 318, 319, 320, 321.  
**Vucetich Juan**—Cuadros Estadísticos—págs. 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252; 342, 343, 344, 345, 346 347, 348.

### X

- X.**—Bibliografía—págs. 31; 65; 93; 118, 119, 120; 147, 148, 149, 150, 151; 190, 191.

### Z

- Zerboglio Adolfo**—Psicología de la Abogacía—págs. 13, 14, 15, 16—Enrique Ferri, Abogado—págs. 69, 70.